



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 8 Enero 1914.-Número 2.

SUCURSALES
BIVADAVIA, 1.800
BUENOS AIRES

Se ha publicado ya el decreto de disolución del Congreso de diputados.

Cuando iban a celebrarse las elecciones en 1910, publicó EL MOTÍN el trabajo que reproducimos a continuación; y después, y a petición de varios correccionistas, se tiraron varios miles de ejemplares en Hoja suelta.

MORAL CIVICA

ELECCIONES

La urna electoral

Esta urna es el alma del pueblo. En ella se encuentran todos los vicios y virtudes del alma, todas las pasiones y facultades.

Como luchan en el alma del individuo los sentimientos, así luchan en la urna electoral las tendencias, aspiraciones, opiniones e ideas del pueblo.

Como hay individuos miserables, abyectos, ruines e idiotas, también hay pueblos idiotas, abyectos, ruines y miserables; en la urna se halla la dignidad o la abyección, la sabiduría o la estupidez, la grandeza o la ruindad del alma popular.

Allí deposita el pueblo su voluntad; el codicioso deposita allí su codicia; el astuto, su astucia; el fanático, su fanatismo; el hombre de bien, su bondad; el sabio, su ciencia; el esclavo, su servilismo. Las pasiones, las virtudes, los vicios y las aspiraciones del alma, no hacen más que cambiar el nombre propio por el de los candidatos. *Fulano de Tal*, significa tiranía, caciquismo, inmoralidad, especulación, chanchullo, mentira legal; *Zutano de Tal* significa libertad, progreso y equidad; *Mengano de Tal* quiere decir venganza, sangre, odio, fanatismo...

Un pueblo embrutecido, llena la urna con su embrutecimiento; un pueblo abyecto, la llena de abyección; un pueblo digno y consciente, la llena de dignidad y de justicia. De este depósito se surtirán por espacio de algunos años las fuentes de la vida nacional: de ese corazón procede la sangre que ha de henchir las venas del organismo patrio.

Una sangre viciosa producirá solamente dolores, malestar, podredumbre y corrupción; una sangre sana, comunicará vigor, salud y vida.

Esta urna es el alma que llevará a las Cortes sus virtudes o sus vicios; es la garganta que pronunciará blasfemias o cantará amores; es el loco que declamará disparates, o el sabio que promulgará grandes máximas, o el villano que se pondrá al servicio del que lo compre.

La papeleta electoral

Ese pedacito de papel que la ley pone en manos del elector, es la espada de la justicia, el baluarte del derecho. Es el trono, el ejército, la policía, la hacienda pública, la ley en manos del pueblo.

En un empate, ese pedacito de papel da el triunfo a un candidato y la derrota al otro. El voto de ese diputado, en caso de empate, en la Cámara podrá decidir el porvenir de la patria... Ese candidato triunfante podrá ser un redentor del pueblo o un miserable aventurero. Todo el bien que haga aquel redentor y todo el daño que cause este malvado, está en aquel pedacito de papel puesto en manos de un elector, consciente o inconsciente: éste es el principal autor de la gloria o de la infamia del elegido.

Ese pedacito de papel sale de las manos del elector para ir a la urna. De allí desaparece para volver a visitar periódicamente a aquel de cuyas manos ha salido, disfrazado en traje diferente. Este regreso es una cosa singular y notable. A fin de trimestre, viene en forma de recibo de contribución; a principio de año en forma de cédula personal; en caso de pleito se convierte en sentencia judicial; al padre que tiene hijos varones, le visita a los diecinueve años en forma de emplazamiento del hijo para las quintas; en tiempo de guerra, es la papeleta llamándolo a filas.

Los bandos del alcalde, los fallos del juez, las circulares del fiscal, los Boletines del gobernador, la *Gaceta* del gobierno, las leyes de las Cámaras y los decretos del monarca, son papeles amasados y confeccionados con el papel de las papeletas electorales.

En la papeleta no hay más que un nombre; aquel nombre es un programa: aquel programa es una iniquidad, una locura y una estupidez, o una reparación y una redención.

Los pueblos constitucionales no tienen derecho a quejarse: *tienen lo que quieren*. En la papeleta electoral el padre ha vendido la sangre del hijo; el obrero, su trabajo; el propietario, su hacienda; el ciudadano, su derecho. Aquel papelito es una escritura tremenda, absoluta, definitiva. En las guerras coloniales, el padre firmaba en el acto de emitir el voto la cédula del jefe de zona que reclamaba el hijo para ir a sepultarlo en la manigua.

La madre decía al marido: «no te metas en contiendas electorales.» Con esto venía a decirle: «deja al partido gobernante que venga a robarnos los hijos y que los lleve a la muerte cuando quiera». Le decía: «no te metas en política; ¿caso la

vida de nuestros hijos vale la pena de que vayas a votar?»

Y luego la madre maldecía la guerra, y el padre lloraba la pérdida del hijo; pero ni la sangre del hijo ni las lágrimas de los padres servían ya para escribir ni para borrar el nombre de la papeleta electoral.

Elector: ese papelito que la ley te pone en la mano, es tu absolución o tu sentencia.

Lo que hay en un vaso de vino

Balmes había notado en su *Criterio* que va mucha diferencia de tratar los negocios antes de comer o tratarlos después de haber comido; y San Ignacio de Loyola, en las sabias Reglas que dejó a los padres de la Compañía, les previene que los asuntos espirituales los traten por la mañana antes de comer, y los materiales por la tarde. Esos sabios ignoraban en su tiempo la razón fisiológica de este fenómeno.

Realmente, los vapores y gases de la digestión y de la comida hacen cambiar de vista el mundo. No hay más que fijarse en la gente de un banquete: entran mustios y melitabundos; a medida que van comiendo y bebiendo, brotan la locuacidad, la alegría, el valor, la esplendidez y la magnanimidad. Se es más avaro estando en ayunas que estando bien hartos. La ilusionabilidad humana tiende a hacer creer que el estado en que se está durante el momento ha de perpetuarse; y así el harto arroja los platos pareciéndole todo sobrado, y el hambriento recoge las mondaduras pareciéndole todo poco.

Pero sobre todo el Vino es el rey de los transformadores de la visión.

El Ilmo. Catalá, obispo de Barcelona, no sabiendo cómo hacer caer al banquero Girona en la tentación de costear la fachada de la Catedral, le dedicó un banquete, le llenó de Champagne, y cuando lo creyó en sazón, le provocó ante el público a firmar la donación. La mujer honesta con el vino se hace deshonestas: por esto los ricos, cuando quieren seducir a una joven virtuosa, no le hacen proposiciones deshonestas, sino que la invitan a un banquete: el vino se encarga de lo demás.

Quien dice «vino» dice halago embriagador.

El vino del diputado

En los pueblos, y aún en las ciudades, el candidato suele brindar vino al elector. El elector cree muy bien que el papelote de la candidatura no puede servir para mejor cosa que para cambiarlo

por un vaso de vino. El no es hombre, no es reflexivo, no sabe nada del valor de aquella papeleta; sólo ve el vaso de vino que le ponen delante... y bebe el vino y se traga con él la papeleta y el voto.

A los dos meses viene un agente de contribución; al elector le cobran veinte pesetas más...

—Redíds, ¿por qué he de pagarlas?— Amigo: la papeleta electoral decía esto: que te obligabas a pagar esto y cuanto se les ocurra a los diputados.

Seis meses después el alcalde le dice que su hijo ha de entrar en filas para ser llevado a la guerra mal equipado y mal vestido; quizás al barranco del Lobo.

—¿Cómo?—ruge el elector.—¿Yo dar mi hijo para tal guerra?—No seas bruto; tú firmaste la orden de incorporación a filas; diste tus poderes de padre al diputado, y éste los usa cogiéndote el hijo y llevándolo al Gurugú.

Al año hay una revolución en Barcelona. Un malvado que está rondándole la mujer, quiere librarse de él, le denuncia a la policía y es encerrado en Montjuich durante meses y meses.

—Mil diablos... ¿por qué estoy aquí?... ¿Qué he hecho?... ¿Qué hará mi mujer?...—¡Necio! Todo este sistema de tratar a los ciudadanos lo firmaste tú con tu voto de ciudadano; autorizaste al gobierno para suspender las garantías, al tribunal para prenderte por simples confidencias, al policía para callar el nombre del delator, y a todos para no darte cuenta ni razón de lo que hacen contigo. ¿Que el otro se divierte con tu mujer? Tú le diste carta blanca con tu voto.

El hijo segundo vese un día agredido por el mozo del diputado, saliendo lesionados ambos y muerto uno que iba a separarlos. Se abre proceso: el hijo del elector va a la cárcel; el otro queda en libertad. El hijo es condenado... El hijo sube al patíbulo... El padre se desespera... ¡Necio!... Tú aprobaste todo eso: en aquel vaso de vino y en aquel cigarro del diputado estaban tu bolsa, tu honor, tu libertad, la sangre de tus hijos y la vida de los tuyos; tú te los bebiste y te los fumaste.

¡Bebiste y chupaste; ahora vomitas y asqueas!...

El candidato

¿Crees que el candidato rico será tan torpe que vote leyes para descubrir su riqueza oculta? ¿Para aumentar su contribución? ¿Para aumentar el jornal de sus obreros? ¿Para atarse las manos y quitarse la libertad de maltratar sus criados, de empeorar la suerte de los desvalidos?

¡No seas necio! Ningún loco arroja piedras a su tejado. Te pide el voto para convertir en argolla tuya el acta de diputado, para mejor ocultar su riqueza, para verse inmune de procesos, para esclavizarte más y más. Hará las leyes a su gusto; y su gusto es de tenerte a ti esclavo; de empobrecer la madre para arrancarle de sus brazos la hija y hacerla

querida suya; de imponerte como ley su voluntad y de rodearte de policías que te prendan si tratas de quejarte, y de curas que te hagan creer que es pecado el rebullirte, y que así, con tu envilecimiento, con la extenuación de tu mujer y con la deshonra de tu hija, ganas el «cielo» que es la insula Barataria prometida a Sancho.

Predica bien de los frailes porque va a partir con ellos; defiende el partido conservador porque allí tiene su negocio; se dice amante del Estado, porque el Estado le permite a él abusar de ti y hacerse dueño tuyo y de todo lo tuyo.

Máxima

Exigir del candidato un programa claro y terminante y el compromiso de dar por renunciada el acta tan pronto como falte al programa no haciendo lo que debe o haciendo lo que no debe.

S. PEY ORDEIX

Me hallo conforme, hoy como ayer, con cuanto en el trabajo copiado se afirma. Es la teoría de la verdadera doctrina democrática.

¿Responde la práctica a la teoría? Más claro: los republicanos elegidos hasta ahora ¿han estado a la altura cívica de quienes los eligieron? Salvando contados individuos, ¡no, no y no!

Lo demostraré en el número próximo.

Con permiso...

Don Gumersindo Azcárate escribe en *Nuevo Mundo* una especie de resumen del *Movimiento social de España en 1913*. Trabajo breve y de mera información, no abundan en él los juicios.

Uno hay referente a las huelgas, que en algo suscribimos; falta, y es lástima, el concepto que le merecen los *lock-outs*, que abundaron en 1913.

Pero hay uno que nos parece digno de examen y de contradicción. Dice el Sr. Azcárate: «Lo primero que me ocurre registrar es que continúa la organización obrera extendiéndose bajo la dirección parcial de los Socialistas, siendo muy de lamentar que ella no sea total y única para mermar, y si fuera posible suprimir, la inspiración de anarquistas y sindicalistas.»

El autor de estas líneas, resuelto partidario de la acción parlamentaria del proletariado, sindicalista ferviente, no suscribe esas palabras, y en un país de régimen constitucional mentira como España, considera la acción directa, que crispa al Sr. Azcárate, como un instrumento político hoy insustituible.

Más es. El único movimiento verdaderamente popular, la única señal de que España aún conserva pulso, es un movimiento neta y genuinamente sindicalista, el de 1909; y hoy mismo, si se teme a la Conjunción y aún a elementos políticos avanzados que no están en ella, es por el lastre sindical, no por otra razón.

El anarquismo tiene utilidad, no solo

porque remueve ideas, sino también porque es un correctivo de la superstición parlamentaria; el sindicalismo—que no es incompatible con la acción política, ni siquiera en Francia, ni en Italia—es entre nosotros la única fuerza orgánica obrera capaz de lograr reformas sociales, y ahí están para probarlo la ley de la jornada minera y la disposición relativa a la industria textil.

Fuera entre nosotros una verdad relativa el régimen parlamentario, hubiese encarnado en la masa letrada é iletrada la noción de que en las democracias el derecho sea un deber, y acaso el pobre diablo que firma estas líneas aceptase algo—no todo—de este criterio del señor Azcárate.

Mas como todo este catafalco no es sino una linda ficción, el clavo pintado de que habló Costa, los lienzos que mienten vergeles y ciudades de que habló D. Francisco Giner, hoy por hoy, estimular el sindicalismo, darle noción de su personalidad y de su fuerza y también de la fuerza de esa acción directa como instrumento político, es realizar tarea democrática, progresiva, civilizadora.

Con todos los horrores que quieran verse, 1909 es un punto de partida, y 1909 es el sindicalismo...

¡Parece mentira que el Sr. Azcárate no haya visto la enorme renovación que se está operando en España por virtud esencialmente, no únicamente, de este fuerza!

J. J. MORATO

La ley de jurisdicciones

Otra víctima de ella: Alfonso Vidal y Planas, redactor de *España Nueva*.

Estaba por no culpar a la Ley, si no a nuestros exdiputados, que no han hecho hasta la imposible para conseguir que se aboliera, pero seguiré la rutina, y culparé únicamente a la Ley.

Está Vidal en la Cárcel Modelo de Madrid, y ha escrito esta carta a sus compañeros de redacción:

«Mis queridos compañeros: Estoy en celda común. Con el dichoso catarro que tengo he pasado la gran noche. Os ruego que no me abandonéis. Esto es horrible. Tengo comunicación los martes y viernes.

Me hielo de frío. ¿No tenéis alguna manta y una colchoneta? Mandarme la ropa que queráis, que me hielo. Que sea cuanto antes: hoy mismo. ¡Aquí me vuelve loco!

Os abraza vuestro compañero

Alfonso Vidal y Planas.»

Se siente tanto frío en el alma el leer esas líneas, como Vidal en su cuerpo metido en aquella celda. Autoriza para incluir mi nombre en el documento en que se pida el indulto de ese compañero.

Y a la vez propongo que la prensa haga una campaña enérgica contra esa gran iniquidad y ese gran crimen llamado Régimen Celular, agravado por un Reglamento despiadado y cruel.

Hay que haber estado en la cárcel para comprender lo horrible de ese Ré-

gimen que ni moralize ni corrije, y que pesa lo mismo sobre el inculpe probable que sobre el culpable probado.

Hice lo que pude mientras estuve preso, y después, por mover la opinión en este sentido; no fui apenas secundado, y mi voz se perdió en el vacío.

Con la mitad de los artículos que se han escrito para que no saliera de España el cuadro de Nonforte, bastaría para inclinar la opinión o pronunciarse en contra del Régimen Celular, proveedor incansable de manicomios, hospitales y cementerios.

"Resurrección Histórica I de San Ignacio de Loyola"

El libro á la calle

Querido D. José:

Ya que usted se interesa por la publicación del libro, rogóme me permita dar noticias en EL MOTIN de su marcha y estado.

Al requerimiento que hice al pueblo liberal español invitándole á la suscripción, éste ha tenido una de sus habituales humoradas, de conducirse como si los liberales en general obedeciesen al Director espiritual y Padre de la Compañía.

Es decir, que en un mes no han salido los mil antijesuitas invitados: por lo cual doy la grata noticia á los venturosos Padres como felicitación de entrada de año.

Siento solamente ponerles un pero á esta enhorabuena. No han llegado los mil, todavía, pero parece que están en camino más de los mil, en cuyo caso el año 1914 traerá este pequeño contratiempo al benemérito Instituto.

Usted habrá descontado ya lo que todos nos vamos aprendiendo á fuerza de estacazos, á saber: que á esta invitación no han acudido los que se esperaban y han venido en cambio otros con quienes no se contaba. Como entiendo que este punto del antijesuitismo es una excelente piedra de toque para contrastar el oro ó estaño de nuestros liberales, excuso decirle el dato psicológico que de ahí se deduce.

Pues bien: el no acudir á tiempo los esperados, ha hecho por lo pronto que no se hayan podido preparar los materiales de imprenta, grabado y administración de la primera entrega para el día 10 de este mes. Sea todo á mayor gloria de Dios.

Pero los que han respondido vienen con tal entusiasmo, que me hacen creer que entre ellos y yo colmaremos la medida en breve, rebuscando los antijesuitas escondidos, y por tanto, el retraso será pequeño.

Así, pues, manos á la obra. Con esto queda probado que no es cosa tan fácil como parece resucitar un muerto, así el

muerto haya sido un santo tan extraordinario y original como Ignacio.

Pero, en fin, con tiempo y paciencia le resucitaremos, y se lo presentaremos con todas las de la ley á sus hijos los Padres de la Compañía, que lo recibirán como deben recibir los hijos bien nacidos á su padre.

Y si lo recibiesen de mala manera, allá ellos; que no fué el santo hombre con quien se pudiese jugar á gana-perde, ni que dejase de cobrar los agravios, y menos de los suyos.

¿Qué será el libro? se preguntará el lector.

Pues... ¿qué va á ser, sino la historia del Patriarca de la Compañía?

No es moco de pavo la tal historia. Y por si el lector no me entendiere, me explicaré.

Hay un Ignacio exhibido al público en altares y libros: es el Ignacio conocido. Este Ignacio es el tipo modelo del jesuita público, que predica, declama, misionea, novelea, catedrea, y ejercita al montón de ignaros. Es el jesuita bonachón, gatzmoño, beatífico, que en su vida ha hecho un tiesto ni ha roto un plato.

Pero, además de ese Ignacio tipo del jesuita público, hay otro Ignacio escondido en los arcanos de la Historia, secretísimo, que huye de su propia sombra y recela de los dedos de su mano. Este es el tipo del *jesuita secreto*, que no se ve, que se esconde, que no fía á nadie sus pensamientos y procura engañarse á sí mismo.

Y como el conjunto de los jesuitas públicos compone la Compañía pública; y el conjunto de los secretos constituye la Compañía secreta; y la reunión de ambas Compañías produce esta Compañía que unos llaman de Jesús y otros del diablo, y todos llaman Misterio «de Santidad» al mirarle por fuera, y «de iniquidad» al mirarle por dentro; así es que en virtud de este enlace de las dos Compañías con los dos jesuitas, y de los dos jesuitas, secreto y público, con el Ignacio público y secreto, quien dice Ignacio dice jesuita y dice Compañía, y por ende, quien dice «Historia de Ignacio» dice historia del Padre Fulano y del Padre Zutano, es decir, de esos padrecitos y hermanucos que vemos entre nosotros en todas partes y metidos en todos los fre-gados.

Y como quiera que el *jesuitismo* ha contagiado á toda la Iglesia y á todas las órdenes religiosas, quien dice «Ignacio» dice «clerical», ya sea de la clase de «contadores» como Comillas y el P. Simó ó el hermano Ron Alvarez; ya sea de la clase de «coadjutores» á lo Azcárraga y Llorens, con el lema de «á sangre y fuego» que el Patriarca dió de bandera á los requetés del Maestre de Montesa y de los comendadores Zúñiga y Requens; ó ya de la clase de «detectives» á lo Diego de Cáceres de antaño y á lo *Memento* de ogaño, etc., etc.

Por todo lo cual... páreceme que el libro tiene su oportunidad y su utilidad

práctica y viene á ser un *Tipo de anatemia clerical*.

He aquí el programita del libro, hecho según corresponde á este lugar. Y si alguno quiere saber más, pregúnteselo á los Padres de la Compañía.

Para que este postrer reclamo sea completo, falta decir lo principal, que á estilo de jesuita he reservado para la postdata y que diré con el mayor disimulo, á estilo de los Padres, ya que á ellos les va tan bien el sistema.

Y esto es lo siguiente. Para el servicio de propaganda y administración... *hacen falta corresponsales* en todas las localidades donde haya jesuitas. Pero, que no sean jesuitas, es decir, que no vengan á pegársela al libro, pues ya tengo descontadas en esta materia todas las artes jesuíticas de suscriptores falsos, de suscriptores con nombre supuesto, de suscriptores que piensan suscribirse y no pagar, de corresponsales que se ofrecieron para tomar la representación é impedir que vengan otros, y todos los demás medios que los traviesos; jesuitas saben hacer y yo sé que suelen hacer.

Para concluir, D. José, á quien por tabla he dicho todo esto: si esto no es un reclamo bien hecho, no sirvo para el género.

S. P. O.

Querido amigo Pey Ordeix: No me extraña lo que usted me dice acerca de los que hasta hoy no figuran como suscriptores á su libro: en el partido republicano hay que esperarlo todo de *los que no pueden*. ¿No está usted viendo lo que pasa con la *Cruz Roja*?

El que no hayan acudido todavía los mil suscriptores que esperaba para dar la primera entrega, no debe, en cambio, extrañarle á usted: los españoles tardamos hoy mucho en enterarnos, y después de enterarnos, en decidírnos.

Recuerde usted lo que le dije al ver que ofrecía la primera entrega para el 10 de Enero:

«Debería usted alargar el plazo. No es posible hacer en tan poco tiempo la propaganda debida. Tire de la 1.ª entrega el mayor número posible de ejemplares; envíela usted á los periódicos de nuestras ideas, que de fijo algunos anunciarán la obra; y á los Centros de suscripción, por si da la casualidad de que hay alguno que no sea clerical; y á los priores de los conventos y á los párrocos de poblaciones importantes, que no pueden ver ni en pintura á los jesuitas; y después de repartida la 1.ª entrega, aguarde usted un mes si quiera para largar la 2.ª. Y entonces tendrá seguramente base firme.»

Tal dije á usted.

Pero usted, con la natural impaciencia de comenzar cuanto antes la publicación de una obra en que ha puesto tanta mentalidad, tanta voluntad y tanto trabajo, y que indudablemente cimentará su fama de paleógrafo, de erudito, de pensador y de crítico, ofreció la 1.ª entrega para una fecha en que sólo dis-

poniendo de grandes medios podía haberse echado á la calle.

Por lo demás, ya sabe usted mi opinión: hubiera preferido que la obra se diese en tomos, y no por entregas; mas ya que ha sido imposible, creo que hay que ir la haciendo sin apresuramientos y sin apurarse mucho porque comience antes ó después.

No es agradable emplear tanto tiempo en hacer una obra de tanta importancia y trascendencia, para encontrarse con que no es posible publicarla como se deseaba. Pero, a nigo mío, hay que tomar los tiempos como vienen y aceptar las cosas tal cual son.

Si usted hubiera seguido en la Iglesia y escrito una obra contra los liberales cien veces menos importante que la que hoy anuncia, habría encontrado editores á docenas. Como los clericales tiran siempre con pólvora ajena, no tienen que andarse con cálculos ni economías. Ya parecerá la beata ó el beato que suelte la cantidad necesaria, á cambio de que el Señor de los Cielos les perdone la manera pecaminosa que tuvieron de agenciarse la fortuna en la Tierra. Pero como en este campo no se usan tales martingalas, tenemos que buscar con dignidad, honradez y franqueza los marchantes para la mercancía intelectual que fabricamos.

Y no cansando más, queda de usted affmo compañero

JOSE NAKENS

Clericalismo en alza

SERVIR AL REY Ó AL PAPA

Se ha publicado de nuevo en la *Gaceta* una disposición por la cual el servicio de las llamadas misiones es equiparado al servicio militar para los efectos de quintas; con la particularidad de dejar al absoluto y libérrimo arbitrio de los superiores de las órdenes religiosas el destino de los jóvenes *reclutas*, sin que se justifique ante la nación ni la necesidad del servicio, ni el número de individuos indispensables, ni el objeto y demás que persigan.

Esta ley hace buena la frase con que un gran político decía á Carlos V: la Iglesia viene á constituir en España una colonia extranjera; pasar á la Iglesia es como salirse de España y levantar entre el eclesiástico y la nación una frontera.

Señalo este régimen al partido socialista, cuyos jefes sabrán lo que deben hacer para cortarlo de raíz y borrar esta *mancha de sangre* que sostiene la monarquía, cuya alianza con la Iglesia tan cara cuesta al pueblo. Si quieren alianza monárquica y clérigos, constituyan ellos su ejército para servirse y defenderse; pero no hurten á la nación los soldados para cargar á los hijos del pueblo el deber de cubrir las bajas que este sistema de deserción y de fuga ocasione.

Otras veces se ha tratado en EL MO-

TIN esta cuestión, demostrando su iniquidad.

Los nuevos términos de la ley, preséntanse á nuevos comentarios, y uno de los cuales es este.

¿En qué edad son exceptuados del servicio militar esos llamados *misioneros*?

Las leyes de la Iglesia prohíben la ordenación de presbíteros hasta los veinticinco años; y de su peso se cae que un misionero cabal no pueda serlo sin estar ordenado de misa.

¿Qué diablos iría á hacer en las misiones un sujeto no ordenado así? ¿Cantaría la Epístola, ó se dedicaría á monago y campanero?

Pues, siendo así, que un individuo no puede ordenarse hasta los veinticinco años, de su peso se cae que esos llamados misioneros están sujetos al servicio militar ordinario hasta esa edad, fuera de la cual no son ni pueden ser misioneros, sino simples estudiantes ó aspirantes. Y es vergonzoso que sean sometidos al servicio los alumnos de las Facultades superiores y de las profesiones más útiles al Estado, y en cambio se eximan esos estuillantes de inutilidades, que nadie sabe lo que estudian... ni ellos tampoco.

Y en fin: si los frailes se han de eximir por esa razón ¿porqué no han de eximirse con igual razón los maestros, médicos y demás profesionales y empleados que van á prestar sus servicios en las posesiones y colonias españolas?

Al partido socialista incumbe desarraigat este vergonzoso privilegio. Los seminaristas y algunos del clero secular carecen de él. Los cardenales, arzobispos y obispos han pasado por el servicio militar. Aun los Papas en Italia, son medidos con igual rasero.

Sólo los frailes españoles gozan en el mundo de tal privilegio.

¿Hasta cuándo durará?

El coto de Riotinto

La Compañía se quita la careta

Doce mil obreros parados

Una Empresa de los antecedentes penales en la criminalidad burguesa como la de Riotinto no hubiera sido extraño que de repente hubiera modificado su modo de ser, entrando por las vías de la honradez y de la lealtad. Hubo un momento en que la energía de los obreros, en una explosión formidable de la dignidad, hizo firmar á la Empresa unas bases por las que se solucionaba un conflicto. Pero pasadas las circunstancias que á ello obligaban quizá, llegado el momento que se ha creído oportuno, la Compañía británica se ha quitado la careta con que ocultó sus intenciones durante un instante, y ha reaparecido tal como verdaderamente es: soberbia, trágica, criminal, innoble.

Pasando por encima de su firma, pi-

soteando su propia palabra, declaró el *lock-out* á 5.000 obreros en un principio; ahora son ya 12.000 los que están en la calle. Quizá sean luego todos. La intención es deshacer, inutilizar aquella organización poderosa que con tantos entusiasmos y con tanta firmeza ha quedado creada recientemente, que tan hermosa prueba de fuerza y de vitalidad dió en la tremenda lucha que acaba de sostener.

La actitud de la Compañía ha sido una estratagema de traidores, una canallasca felonía muy propia de quienes amontonan el oro con el ejercicio de una explotación á lo negrero, muy propia de un método al que llamar bandidaje sería inferir una ofensa injusta á los bandidos, puesto que éstos tienen sus quiebras con la Justicia, mientras que la Empresa de Riotinto ve protegidas sus hazañas infames por todos los elementos que se dicen aplicadores y mantenedores de la legalidad.

¿Qué dirán después de esto los defensores de M. Browning y atláteres? ¿Los que encomiaban en todos los tonos su magnanimidad y rectitud? ¿Los que hablan vendido su pluma y su conciencia al oro de una Empresa extranjera que acumula riquezas fabulosas á costa de los sufrimientos de trabajadores españoles, á los que usurpa hasta el libre ejercicio de sus derechos como ciudadanos del país y de su dignidad como hombres? ¿Se atreverán á defenderla aún?...

Porque ahora no se trata ya de provocaciones de los obreros, de campañas de los agitadores, según el acostumbrado tópico de los perros ladrones de la huerta capitalista. Ahora ha sido la Compañía la que ha suscitado el conflicto, la que por su voluntad ha declarado el *lock-out*, poniendo á sus obreros en el duro trance de someterse humildemente como esclavos á las imposiciones despóticas de la Empresa ó reanudar de nuevo la lucha.

Los trabajadores han tenido entereza y no se han querido someter. Era de esperar en ellos esto. Es de esperar asimismo que lleven ahora igual entusiasmo de que dieron muestras en su última lucha. Quizá estemos abocados ya á la batalla definitiva después de la tregua de la perfidia. Dispongámonos todos á ella.

Y si es así, hay que mover todos los resortes de la opinión. Que no pase entre la indiferencia del país esa tragedia que en Riotinto se representa. Que la indignación nacional impida que se empleen los procedimientos sangrientos que tan del gusto serían de la Compañía, y que tan servil y villanamente se aventuraban á emplear sus servidores de todas las especies y categorías.

Por de pronto, las autoridades están observando una conducta decididamente parcial. Están faltando descaradamente al cumplimiento de su deber. Están justificando otra vez la vieja afirmación de que allí la única autoridad, la única ley, el único amo, es la Compañía explotadora. La Comisión de huelga ha tenido que romper sus relaciones con el gobernador de Huelva, puesto al servicio de

la Compañía ya sin pudor ninguno. Y si el Gobierno, este Gobierno que tanto alardea de sus orientaciones en la cuestión social, no obliga a ese gobernador y a esas autoridades a que cumplan con su deber, merecerá el mismo juicio duro que ellas.

El Socialista no necesita decir lo que ha de hacer en el actual conflicto que en Riotinto se ha presentado. Como antes hizo, como hará siempre, puesto que es su obligación hacerlo, y el obrar en otra forma sería romper su historia y faltar a lo que le imponen sus ideales, estará con todas sus energías, de todo corazón, al lado de los huelguistas en la defensa de su causa, que es la de la justicia. Para ello no necesita excitaciones: sus propias convicciones son la excitación más ardiente y más decisiva.

Al iniciarse de nuevo la lucha en Riotinto reanudamos también aquella campaña que llenó nuestras columnas durante la pasada huelga. Todavía no sabemos lo que podrá ocurrir. No queremos aventurar predicciones. Pero toda nuestra acción, llena de sinceridad, estará consagrada al triunfo de nuestros valientes compañeros de Riotinto.

En él confiamos, como se confía siempre en aquello que vehementemente se desea. Si se ahogara aquel movimiento, si se hiciera una represión sangrienta y el país la consintiera y la dejara sin castigo, si la Compañía inglesa saliera victoriosa en sus abominables propósitos, la derrota no sería para aquella organización; sería también para la dignidad nacional.

El Socialista

Lo de siempre

El gobierno clerical de Austria arrecia en Bohemia la persecución contra los librepensadores.

Todos sus periódicos han sido secuestrados, sus locales cerrados y sellados y confiscado el haber de sus Sociedades. La recogida de la lista de sus miembros hace prever persecuciones de la policía y de los Tribunales, y medidas disciplinarias contra los que son maestros o empleados públicos.

El gobierno quiere anochar el movimiento racionalista, y de paso apoderarse de 100.000 coronas legadas por un librepensador de Viena, por mitad a una sociedad del Librepensamiento de lengua alemana y a otra de lengua «scheke».

La alianza del trono y el altar da siempre y en todas partes los mismos resultados: despojar al hombre de su libertad y su dinero.

Realeando sobre el caso Labrador

De Teología moral protestante

Paréceme que, después de treinta años de vida evangélica-constitucional, los teólogos ultrapietistas, imitación de

los llamados ultramontanos, debieran tener estudiados los casos dogmático-morales que la vida les ofrece, y presentar sus soluciones a los respectivos fieles, bajo las máximas cristianas: «antes hay que obedecer a Dios que a los hombres» y «a Dios lo que es de Dios y al Cesar lo que es del Cesar».

Pero no ocurre así. Y de ello resultan esos conflictos religioso-legales, en los que el fiel es también el gentil pagano.

Por mi fe, y por la fe católica que antes tuve, y por la fe evangélica que los evangélicos me quitaron; por esas tres fees digo que, a haber sido yo protestante, en el caso Labrador y otros parecidos, la campaña apostólica emprendida en verdadera fraternidad y comunión eclesial, fuera que todos los evangélicos, y más los evangelizantes, al frente de los evangelizados, hubiesen dado testimonio público de su fe de apóstoles y de su caridad de mártires, tomando a los perseguidos y sentenciados la delantera para entrar en la cárcel.

¿Cuántos protestantes son en España? ¿Diez mil? ¿Veinte mil? ¿Cien mil? Pues, bien; esos. Todos ellos, grandes y chicos, hombres y mujeres con sus pastores al frente, protestando virilmente, CRISTIANAMENTE contra toda ley civil, militar, eclesial o social que se oponga al fundamento cristiano: «Antes a Dios que a los hombres»: no temáis al juez que a lo más puede quitaros la vida del cuerpo; temed sólo a aquel que puede perderos el alma.»

Así, desafiando con valentía, con arrogancia, con alegría, con fe, la persecución, yendo todos juntos, formando iglesia, al encuentro de las leyes impías, reclamando la gloria de ser procesados, encarcelados y fusilados por Cristo, para Cristo y en Cristo: ¡así!... si esto se hubiera hecho en un solo caso, o si esto se hiciera en el primero que ocurra en lo sucesivo... ¿qué pasaría en España y en el mundo? El cuadro es fácil de describir.

Algunos pastores son capellanes de embajadas; algunos fieles tienen cargo y honores diplomáticos; otros, son fuertes capitalistas y gruesos hacendados: muchos de ellos tienen familias vistosas, lujosos trenes, fastuosa servidumbre...

Y todos... a la una, padres e hijos, amos y criados, esposos y novios, todos con aquella unidad e identidad de pensamiento, de corazón, de palabra y de acción que constituye la esencia de la Iglesia, todos erguidos gallardamente enfrente del texto legal, enfrente de las rejas de la cárcel, enfrente de los magistrados, cantando a coro cerrado: ¡antes a Dios que a los hombres!... Si esto se hiciera ¿qué pasaría?

Sencillamente, que desde la cúpula de la catedral de Toledo hasta la última piedra de la última ermita, temblarían como en terremoto, y de una vez para siempre quedaría establecida, no ya solo la vergonzosa tolerancia, sino la plena libertad que reclamaban.

Este sería un espectáculo digno de los tiempos heroicos del cristianismo. Su eficacia definitiva salta a la vista.

Pero los protestantes que esto leyeren, replicarán:

—Eso es impolítico, es inoportuno, es descabellado... Si un diplomático hiciera tal, sería desautorizado por su soberano. Si un capellán de embajada exigiera tal del embajador, sería destituido... Etcetera. Con que, ya véis... ¡imposible!

Y, aquí te quiero escopeta—replico yo.

¿De modo y manera que vuestro Evangelio no es aquél según San Juan y según Cristo, sino según el protocolo, según la etiqueta y según la conveniencia?

¿No es un Evangelio religioso, que busca ante todo el reino de Dios y su justicia y lo demás de añadidura, sino al revés, busca ante todo el reino de la tierra y de añadidura solamente la justicia de Dios?... ¿Es un evangelio diplomático, político y económico... verdad?...

Pues para tal Evangelio no se necesitan alforjas apostólicas y todos estáis iguales: jesuitas, católicos y protestantes. Es el Evangelio del puchero, del sueldo y del negocio.

El Decálogo y la moral evangélica quedan sometidos a esta salvedad.

—No adorarás dioses ajenos... no matarás... no fornicarás, no mentirás, no hurtarás... mientras el negocio, el empleo y la política no reclamen lo contrario.

Que es como si dijéramos: serás cristiano cuando te convenga; y cuando te convenga otra cosa, serás judío, mahometano, pagano, o escéptico: en fin, jesuita.

Además de este aspecto moral de las Iglesias, hay el caso moral de los fieles que como el Sr. Labrador profesan sinceramente con la altivez de cristiano y con la honradez de perfectos caballeros la idea religiosa.

Ya tratamos en otro artículo el sacrilegio de la misa católica impuesto indirectamente por el armazón absurdo de nuestras leyes que se dicen genuinamente católicas.

Los jesuitas han respondido a este absurdo diciendo:—El Sr. Labrador ha sido condenado por una falta militar, y no por una omisión religiosa.

A tal sofisma, debe replicarse:

—¿Pero el Estado español, es católico o no? Si es católico, queda excomulgado por el solo hecho de imponer en sus leyes la comisión de sacrilegios, y deja de ser católico. Si no es católico... por el mismo hecho no puede canónicamente asistir como tal, ni con carácter oficial a los actos del culto.

Que la ley, que la ordenanza... dirán. A estos alegatos responde de antemano Santo Tomás, con toda la Teología: «Para que una ley pueda ser ley, necesita ser justa, honesta, lícita y racional... y si no reúne tales condiciones no es tal ley, sino capricho y tiranía»

¿No es así, magistrados de la Rota?

El sacrilegio queda en pie.

De esas ordenanzas y leyes, podrían decirse todas las pestes que de las leyes vigentes de su tiempo dijeron los concilios, papas y doctores contra los *libelistas*, cuya secta nació cabalmente con ese sofisma. Eran los cristianos que en cumplimiento de las leyes militares ó civiles asistían á los sacrificios oficiales de la nación.

Para terminar.

El fiel protestante ó el incrédulo que se declare tal en el censo oficial, al ingresar en filas y en los demás actos correspondientes, cuando se vea comprimido á asistir á un acto del culto católico, debe notificar al cura ó capellán su condición de hereje ó excomulgado; y con esto el culto queda impedido, y el capellán se las entenderá con la ordenanza militar, ó con sus ordenanzas celestiales. ¿Que no interrumpe el culto? Pues para tal caso está la *Liga de Defensa de los derechos del hombre y del ciudadano*, incoando en la curia eclesiástica el proceso contra el cura que tal hizo; y si el obispado no atiende la petición, ahí está la Ordenanza Católica de las regalías con el recurso de fuerza contra el obispo, contra el Nuncio y contra el Papa. Así se debe proceder de firme y sin contemplaciones, usando para estrangular á la Iglesia el lazo de sus cánones por ella fabricados para ahorcarse.

Y hay que advertir que dentro del templo, cesa toda autoridad civil, política y militar: allí no hay más que el sacerdote y el pueblo. Toda autoridad que sin requerimiento del cura ejerce actos contra el fiel ó contra el sacerdote, comete delito de intrusión y de alteración del culto.

Y vamos al punto final.

¿Por qué los protestantes, que en esto llevan la voz cantante, no atajan al Estado católico con sus mismas leyes?

En el Código penal se castiga como delito el forzar á un ciudadano á actos de un culto que no profesa. Actos del culto son descubrirse al paso de procesiones, asistir á misa etc. etc. ¿Cómo no se intenta proceder contra las autoridades ó leyes que fuerzan el infiel á tales actos, exigiendo la aplicación del Código penal?

Y digo los protestantes y no los otros, pues ellos, como los católicos, están organizados en *iglesia*, con su Santa Sede en el Extranjero y con acción diplomática sobre el Estado español. Ellos pueden, y por lo mismo deben.

Y si estos deben y pueden, pero no quieren... dejemos que ruede la bola y al que le pique que se rasque: pues sarna con gusto...

Fin del asunto.

S. PEY ORDEIX

Miscelánea electoral

Si yo hubiera sido diputado republicano y hecho lo que casi todos; y me diese por presentarme ahora á la reelección, confieso que no sabría escribir un Manifiesto ni pronunciar una docena de palabras seguidas en un mitin, no sólo por la natural vergüenza que debe sentir todo el que engaña á otro, sino por miedo á que me silbasen ó me insultaran.

¿Que si convendría dejar de ir á las elecciones?

—No; lo que acaso conviniere era elegir hombres nuevos.

¿Daban resultado? Eso iríamos ganando.

¿No lo daban? Pues se convencería de una vez el Pueblo de que por el camino de las elecciones no llegará nunca á donde desea.

Y por aquí ganaríamos todavía más.

Mucho se ha escrito contra el mandato imperativo; pero al ver que á lo mejor un republicano que va á las Cortes como revolucionario se declara gubernamental; y otro que va como gubernamental se declara monárquico; y varios se pasan legislaturas enteras sin parecer por el Congreso, sospecho que sería lógico y justo negar el voto al que no se comprometiera á renunciar al acta en el momento mismo que sus representados se lo indicaran.

Claro es que á ellos, si se habían echado, como vulgarmente se dice, el alma á la espalda, les tendría completamente sin cuidado la indicación; mas por lo menos quedarían imposibilitados para seguir comiqueando en adelante.

Inventario anual

Empecemos por mandar noramala al 1913, que en clase de año es de lo más ignominioso é indecente: que han visto las edades: guerras atroces, en las que se han recrudecido matanzas, violaciones y mutilaciones de los tiempos bárbaros; detentaciones inicuas de territorios, regateos odiosos sobre robos manifiestos, el cinismo más estúpido, la expoliación más irritante; y Europa, por medio de sus grandes potencias, y atenta á su propio interés judaico, cruzada de brazos y contemplando, muda y fría, tanta ignominia...

Ateniéndome á Francia, que es mi labor, en este año (bien de ciencias, malo de literatura y artes) pocas veces registra su historia política una tendencia más marcada hacia una represión reaccionaria. Puede y debe decirse que, en este año de desgracia—cuyos verdaderos protagonistas son Fernando, de Bulgaria, y Huerta, de Méjico—, los propósitos liberales y los rasgos á la pata la llana que se han oído y visto en París son de Alfonso XIII; á tal punto, que los republicanos del Gobierno están como humilla-

dos del liberalismo y de la *sans façon* del Monarca español.

Y el año maldito se cierra, en Francia, con un telegrama llegado de Burdeos y que así dice:

«Un ex sargento de Africa, extenuado de fuerzas, se ha presentado en la Alcaldía de Agen implorando un socorro. Este infeliz, cubierto de heridas, tiene una hoja de servicios de lo más glorioso, en la que se consigna su heroica conducta en Marruecos; lleva en el pecho la medalla militar, y, á continuación de un combate en el que salvó á un general en peligro de muerte, fué propuesto para la Legión de Honor. Este bravo, que no tiene retiro, se llama Roberto Lardet, nació en Bourg y apenas cuenta veinticinco años de edad. Sin recurso alguno, escupiendo sangre y apoyándose, para andar, en un bastón, Lardet, acompañado de su mujer y de su hijo, ha tenido que confesar su desesperada situación y que, herido en la frente, en la cadera, en el pecho, en el abdomen, en la pierna y en los pies—heridas que se han vuelto á abrir—no podía conseguir trabajo.»

¡Lardet! Si; yo te conozco, yo te he visto en Madrid. Sólo que allí tenías un nombre español—creo que San José—y, de regreso de tu epopeya en Marruecos, pedías limosna en la Puerta del Sol.

Es el Lardet latino; el eterno Lardet que se sacrificó por la patria...

Al inventariar el año, inventariando los hechos concernientes á la vida de los pueblos, incurriría yo en pecado de hipocresía si no inventariase, en plática amistosa con el lector, mi propia vida.

Pues me ha ido requetebien, porque 1913 es uno de los años en que he sido más atacado; lo cual prueba dos cosas: que estoy vivito y coleando y que he dado en el clavo; porque, como ha dicho un psicólogo, *déplaire, exaspérer les imbécillités ou les vilenies qui se croyaient bien heureuses, c'est avoir touché juste*; lo cual, traducido en buen romance, quiere decir que disgustar y exasperar las imbecilidades ó las villanías que se creían dichosas, es prueba de haber dado en el blanco.

De rigor es consignar que, al ser atacado en ambos hemisferios, también me han dado mis correspondientes bombitos.

Cuál, exagerando una miaja, exclama:

—¡Es un genio!

Cuál otro, exagerando bastante, dice:

—¡Es un bárbaro!

Aquel advierte:

—No hay hombre más bueno.

Aquel otro arguye:

—Es una malísima persona.

¡La gloria, pues!

Lo positivo es que tampoco este año se ha escrito, ni en Europa ni en América, el verdadero artículo contra mí. Voy á tener yo mismo que escribirlo, y ya se verá que da al traste conmigo y que al leerlo mis simpáticos detractores y difamadores, reconociéndose inofensivos, se dirán entre sí:

—¡Si le hubiéramos dicho esas cosas de que él mismo se acusa!

Porque yo soy más bribón de lo que ellos se figuran.

En este año, como vaticiné, han muerto algunos de ellos, dejándome en tierra; y en el 1914 van á morir muchos más (¿á que sí?), y yo quedaré para contarlo.

Lector: ayúdame á gritar á través del mundo:

—¡Abajo 1913!

—¡Abajo la canalla!

—¡Abajo!...

LUIS BONAFoux

Otro atropello

A las seis de la tarde del día 31 marchaba velozmente por la calle de Santa Engracia un automóvil.

Al intentar atravesar de una acera á otra un joven llamado José Ferrándiz de la Paz, fué atropellado, cayendo debajo de él.

El «chauffeur» salió disparado y fué imposible detenerle.

Conducido el joven á la Casa de Socorro del distrito de Chamberí, los médicos le curaron la fractura completa del fémur izquierdo, calificando de grave su estado.

El dueño del automóvil no se ha presentado á las autoridades á confesar el crimen.

Ignoro si es católico y buscará la absolución en el confesonario. Lo que sí aseguro es que no es caballero ni decente.

Cuando se causa un mal impremeditadamente, lo menos que hace un hombre honrado es declararlo y remediarlo en lo posible.

NAVIDAD

«Ya pasó Navidad, con sus delicias culinarias y sus delirios alcohólicos.

El pavo y el besugo tendrían estos días pasados más consumidores, seguramente, que rezadores el cielo. Los honores de las Pascuas pertenecen al dios Baco.

Navidad es una fiesta católica con un culto pagano, pálido remedo de las antiguas bacanales y sus grotescas orgías, sus burlas, sus danzas y sus estragos.

Es una verdad innegable, que no se escapa al más torpe observador, que las fiestas de Navidad tienen más de humano que de divino; son fiestas para el cuerpo, no para el alma.

La *misa del gallo*, á pesar de su significación litúrgica y su sagrado simbolismo, es —y perdónese lo alambicado de la frase— un eclipse parcial y transitorio de la santidad del templo.

Mil ordenanzas de reyes, obispos y alcaldes corregidores prueban fehacientemente que son tristemente célebres en los anales de las costumbres populares los escándalos en la iglesia durante la *misa de cohebuena*.

Pero es natural; después de los placeres

de la mesa, con desusada glotonería saboreados, hasta las personas más creyentes van al templo con el alma en el estómago y cierta estúpida satisfacción en el semblante, á eructar ante el altar los gases de una comida succulenta, y sin aptitud, en ese momento, para meditar y elevar el espíritu al cielo en las plegarias y oraciones del rito católico, por de más aparatoso, teatral y antiestético.

En las iglesias de Madrid no se entra sin tarjeta á la *misa del gallo*; con esto se consigue que haya más silencio, más orden aparente en el templo, pero no más fe, ni más devoción ni más religiosidad.

Con esta previa invitación que se hace á las familias más distinguidas ó á los que podríamos llamar primeros contribuyentes de la iglesia dentro del radio parroquial, se logra dar con las puertas del templo en los hocicos á la borrachera de aguardiente y se evitan en lugar sagrado escenas poco edificantes, provocadas por el amor expansivo y callejero; mas si las imágenes del culto gozan de la visión espiritual, no se libran de contemplar los coloquios y deslices provocados por la borrachera de Champagne, entre el tahir de levita y la dama linajuda ó la pupila del *hapanar* espléndido y de nobiliaria clientela.

Siempre ha sido la Iglesia poco democrática en sus costumbres, siempre deferente con la aristocracia, su clase predilecta, y desdeñosa con el pueblo.

La aristocracia, sin embargo, es la que ha menester en primer término de las censuras y las predicaciones del púlpito, que el pueblo ya tiene los tribunales de la Audiencia; pues al observador de la corte no se oculta que si el pueblo comete más delitos, la aristocracia comete más pecados; que si las clases populares, castigadas por el hambre y la miseria, están más propensas á violar las leyes positivas, las aristocracias, con sus vicios, sus costumbres libres, su egoísmo de clase y su lujo deslumbrador, está de continuo pisoteando las leyes del cielo y desmintiendo las máximas evangélicas.

El que roba por hambre, ó el que sin cortesía, y con vulgar navaja, mata por amor, ya tiene el presidio ó la cárcel; reserva la Iglesia para el que roba en pacto de retroventa y para el que mata en duelo, la pintura tenebrosa del infierno con sus espectros de fuego y sus siluetas satánicas.

Los que conocen las costumbres de nuestra alta sociedad y sus misterios, saben perfectamente que de las fiestas de Navidad, como de todas las fiestas que celebra el mundo católico con la mesa puesta y sin tasa en la bebida, sale siempre con más decoro el popular pañuelo de Manila que la rica mantilla de delicado encaje.

Aunque parezca una anomalía, se cotiza más el honor en el barrio de Lavapiés que en los altos salones aristocráticos.

Pero, después de todo, en este país clásico de las antinomias y los contrastes, lo mismo el pobre que el rico, el sabio que el ignorante, ven en la religión una práctica tradicional, un compromiso hereditario, y no una norma de conducta ni una ley moral reguladora de la vida, y por eso asocian á las prácticas del dogma los placeres de la vida, y liquidan con el *haber* de sus Padrauestros el *debe* de sus pecados.

¡La religión católica reinará eternamente...!, dicen uno y otro día, con énfasis, los ministros de la Iglesia.

Lo creo, lo admito, lo aseguro. ¿Y cómo no? ¿Quién arranca á las costumbres del pueblo ese largo catálogo de fiestas con que la Iglesia le invita á la diversión y á la broma?

Las Navidades con sus agüinaldos y sus manjares; el Carnaval con el bullicio de sus bailes; la Semana Santa con el fúnebre aparato de los templos y las procesiones alegóricas; las verbenas y las romerías de mil santos y mil vírgenes, con sus jiras campestres, sus cantos populares, sus músicas, los churros y el aguardiente; todas estas fiestas que con repique de campanas la iglesia anuncia á sus feligreses, hablan muy elocuentemente á los apetitos del cuerpo y colman con exceso los anhelos del vicio. ¡Este es el nudo más fuerte que ata la sociedad al templo!

La religión que pretende guiar las almas á su último destino, es, en su verdadero concepto, algo ideal, espiritual, metafísico.

Pero es el caso que la Iglesia, en el nobilísimo deseo de hacer comprender á los pueblos sus abstractas concepciones teológicas, ha creado para cada sacramento un símbolo, para cada misterio una alegoría, para cada dogma un símil, para cada santo una imagen de barro, para cada fiesta una liturgia, un rito, y con esto y la gótica arquitectura de sus hermosas catedrales, la música inspiradísima de sus salves y las pinturas de sus templos cree la Iglesia conquistar las almas, fascinando la imaginación y deslumbrando los sentidos.

Pero es más; en su afán de simbolizar, no contenta la Iglesia con aprovechar los primores del arte para cautivar los sentidos, parece que ha llamado á las puertas del apetito, y grima y vergüenza da, en esta empecatada corte, contemplar en las inmediaciones de los templos, en los días de mayor solemnidad, las viandas de la comilona, los aprestos de la borrachera, las voces del escándalo y los cajones improvisados de la policía; porque en días de romería *del altar á la cárcel no hay más que un paso*, y sirva esta frase para desmentir aquella otra, que todos hemos leído en los tratados de derecho penal y que dice: «cada iglesia que se abre, cierra una cárcel.»

Rindan los católicos menos culto al símbolo y pongan su conciencia al corriente con Dios.

Bien puede hoy hacerse la pregunta con que termina este artículo:

¿Es la religión un culto del alma, ó un placer de los sentidos?

MENÉNDEZ PALLARÉS

“Milagros comentados”

POR

José Nakens

PRECIO DOS PESETAS

A los suscriptores directos y á los correspondientes el 25 por 100 de rebaja.

El P. Miguel Mir

y

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Estudio histórico-crítico

de S. Pay Ordeix.

Un tomo de 206 páginas,
UNA peseta.



Los trabajadores del campo emigrando, los obreros de la ciudad padeciendo hambre, los soldados muriendo en Africa, España cada vez más abatida, ¡y los políticos de todos los partidos banqueteando!

Ayuntamiento de Madrid

Suscripción "Cruz Roja"

	Pesetas.
Suma anterior	6033'63
Juan A. Fandiño (Oviedo)...	2'00
Gabriel Sorli (Australia)....	5'00
Miguel Aparicio (Argamasilla)	1'00
Eusebia Huarte (San Sebastián)	4'00
A. Ricarte, 10'00.—Victor Mo-	
reno, 2'00.—José Piró Córdo-	
va, 2'00.—Perfecto Villarreal,	
1'00.—Benito Arregui, 2'00.—	
Pablo Laprada, 1'00.—Gonza-	
o Vergara, 1'00.—Félix Rive-	
ra, 1'00.—Victorino García,	
1'00.—Agustín Ricato, 1'00.—	
A. de la Torre, 1'00.—Juan	
Barrón, 2'00.—Victor Fernán-	
dez, 2'00.—Luis Zugadi, 1'00.	
José Díez, 2'00.—Primo Cer-	
viño, 1'00.—Manuel del Cor-	
te, 0'50.—Baudilio Vega, 0'50.	
Claudio Bárcena, 2'00.—Luis	
Ricarte, 1'00.—José M. Zuga-	
di, 1'00.—Francisco Muñoz,	
1'00.—Miguel Rodríguez, 2'00	
Juan Pico, 2'00.—Antonio Za-	
mora, 1'00.—Fermín Mungui-	
ra, 2'00.—Varios de la Juven-	
tud Republica, 3'00.—Carme-	
lo Merino, 5'00. (Todos de	
Castro Urdiales).....	52'00

Suma y sigue..... 6097'63

CARNE SAGRADA

¡Y cómo cocea la maldita! ¡Y qué brisa sale de la bien servida mesa clerical y de la abarrotada bodega! En vano se la ponen vallas y muros de votos, consagraciones, respetos sociales y leyes sacrosantas; sobre todo salta, rompe todos los diques y todo lo atropella con tal de saciar sus apetitos.

Hojeando un diario italiano, en una sola página he visto los siguientes desaguisados realizados por venerables varones, inmolados en aras de la castidad más absoluta. ¡Qué honor para la clase!

En Gubbio (Italia) ha sido arrestado el párroco Domingo Carpiigliani por el consabido delito de violación de dos menores de edad, dos tiernas doncellitas, que salieron de sus garras contaminadas de cuerpo y alma. El buen cura fué detenido en la estación, cuando se dirigía á ocultarse en un convento de la Toscana. Percatada la multitud de la causa de la detención, intentó lyncharle, y aunque bien defendido por los *carabinieri*, no se escapó sin algunos puñetazos. En los bolsillos se le hallaron unas mil liras y una gran navaja.

En Rosario ha sido arrestado el cura Ripoli acusado de cómplice en el envenenamiento del Sr. Farino. El cura y la mujer del asesinado se entendían á mara-

villa, de tal modo que el cura apenas salía de allí. Apenas murió el infeliz, el cura y la viuda se pusieron á vivir juntos en un hotel, hasta que el rumor público, que raras veces se equivoca, lo señaló como envenenador, en cuyo arte era especialidad, pues no sólo lo ejercía con las personas sino con los animales, pues se dedicaba también á envenenar las vacas de sus convecinos que penetraban en sus campos. El móvil de su último delito fué el deshacerse del infeliz marido que era obstáculo á sus idilios con la fresca viuda.

En el convento di Bonito en Nápoles un fraile disparó un tiro contra otro, que no salió herido, sólo por los disturbios que causaba en sus almas una gentil penitenta cuyo cuerpo jacarandoso los trala perturbados.

Del vaporcito *Scutari* desembarcaron en Cattaro dos jesuitas (así dice la Prensa, aunque muchas veces los confunden con los maristas ó hermanos de la Doctrina los poco versados en cosas monásticas) llevando consigo un jovencito de catorce años, hijo de un comerciante, con el fin de llevarlo al asilo instituido por Austria en Scutari para refugio de los jóvenes albaneses, y los tres pernataron en Antibari. ¿Qué pasó allí en aquella noche de nefanda memoria? Pues que el joven apenas pudo escapar se dirigió á las autoridades denunciando que sus dos protectores le habían sometido á un atropello asqueroso.

—¿Los dos?—preguntóle el jefe de los gendarmes.

—Sí, señor, el uno después del otro—respondió el joven llorando.

Se remitió á su padre por la policía el siguiente aviso: «Se ha cometido con vuestro hijo un acto inmoral inconfesable por las dos personas á cuya custodia lo habíais puesto. Venid á buscarlo ó os lo enviaremos bajo escolta.»

Los dos jesuitas han sido arrestados y se les ha formado proceso. ¡Horror da el pensar la *razzia* que habrían hecho este par de prójimos castísimos si caen sobre el asilo de jovencitos albaneses de Scutari!

¿Cuándo escarmentarán estos padres imbéciles que entregan á sus hijos en manos de célibes forzosos, bien comidos y bebidos y relinchando lujuria avasalladora?...

FRAY GERUNDIO

Fantasia de Nochebuena y de cabo de año

Para adormecer el hambre de los lobos que *ululan* en nuestro estómago, para curar el frenesí de nuestros dientes famélicos, para echar un velo sobre esas visiones de profusión pocular y cibaria conque nos marean estos días los escaparates de las tiendas, vamos á soñar hoy, vamos á distraer ó á encantar el dolor de no haber comido bastante con una evocación de milagros de otros tiempos y de misterios del porvenir. Cuesta mu-

cho resignarse al ayuno. Duele mucho no poderse hartar ni de paja, y no tener otro raudal para arrimar los labios sedientos que el que mana de los caños de las fuentes públicas.

Y es más amargo todo eso, cuando se ve que los graneros están henchidos de trigo, y que las despensas revientan de plenitud por todas sus esquinas, y que las bodegas rebosan de mosto, y que los jamones cuelgan á millares del techo de las viviendas de los ricos, y que las frutas y las legumbres se escapan de los serones porque estos no pueden contenerlas, y que la leche y el azúcar y la miel dulcifican la boca de los poderosos. Y es más sensible aún, cuando se posee unos puños fuertes capaces de martillar hierro ardiente sobre un yunque y de aguantar sin temblar la bola del mundo.

Pero, *tolle, tolle*; pasémonos por la frente la mano, y apartemos de nosotros la sombra de estas pesadillas siniestras.

Sofñemos sueños de Navidad. Contemos cuentos de esos que hacen dibujar á los labios de los niños una gran ó y que penetran su alma de una honda emoción de silencio. Así como así, este fuego calorífico y familiar que tarde ahora en los hogares convida á esa clase de lecturas. *Introeamus ad altare Dei.*

Nace Budha... He aquí que la tierra se cubre de bosques de sándalos, que brotan de los costados de las montañas manantiales de aceite oloroso, que se parten las peñas y aparecen entre sus resquebrajaduras gruesos filones de oro y de plata y enormes yacimientos de inestimable riqueza mineral. He aquí que todas las flores entreabren sus pimpollos, que los aires se pueblan de músicas, que el cielo se cubre de parasoles de seda, que una luz de cien mil colores se difunde por doquier, que por todas partes se encuentran urnas llenas de tesoros, que los leones dejan las vertientes del Himalaya y bajan á la ciudad de Kapila y se mezclan con la gozosa multitud. He aquí que medio millón de apsaras conducen coros de cantores y de músicos que entonan himnos en honor del recién nacido. He aquí que los hijos de los dioses, adornados con cinturones nuevos, van de acá para allá, y que las mujeres de los nagas, con la mitad de su cuerpo desnuda, cruzan el firmamento abanicándose con colas de pavos reales. He aquí que quinientos jóvenes elefantes blancos vienen á tocar con sus trompas los pies del esposo de Maya, He aquí que el Budha, apenas salido del flanco derecho de su madre, mira á los cuatro puntos del espacio con la vista penetrante del león, y empieza á andar, y á cada paso que da florece un loto.

Nace Jesús... Los ángeles cantan motetes y villancicos; en todo el espacio resuena un *Gloria in excelsis*; el aire se llena de luz y de apariciones; y las estrellas viajan por los caminos empíreos. Los reyes de Oriente montan en sus camellos, llenan sus tazas y sus copones de perfumes, se echan sobre los hombros su lujoso manto soberano, se rodean de

un gran cortejo de esclavos y de ministros, y se dirigen á Belén á celebrar la Epifanía. Los pastores, que estaban durmiendo sobre la hierba muelle de los prados de Judea, ó contando en torno de las hogueras leyendas de guerra del tiempo de los Macabeos, ó recordando los días tristes de la Cautividad, ó los milagros de la vida de Jacob, al saber que ha nacido el Mesías, han cogido dos corderuelos que no han dejado todavía la teta de sus madres, los han lavado muchas veces, les han peinado los rizos de sus lanas, y se los han llevado al Salvador.

Nace Mahoma... El prodigio ciñe con una guirnalda de relámpagos su cuna. Se desborda el Tigris; se seca el lago de Sawa, se apaga el fuego sagrado de los Pireos; las torres del palacio real de Clesifonte se vienen al suelo; todos los ídolos del mundo caen de narices en tierra; y la Meca y los pueblos que la circundan son inundados por grandes torrentes de luz.

Nace el Magno Alejandro... El orbe tiembla, estallan grandes truenos, caen centenares de rayos. Sobre la casa en que pare Olimpias se pasan dos águilas, y se están paradas en ella por espacio de un día. Un incendiario pega fuego al templo de Diana de Efeso. Filipo, su padre, sujeta á Potidea, y Parmenión envía desde Escitia un correo notificando que los macedonios han derrotado á los bárbaros.

Nace... nace... Pero, basta. Todos los genios vienen al mundo entre fulguraciones, estampidos y fervencias. Es inútil repetir, pues, el mismo estribillo y acabar siempre con los mismos rípios nuestros versos.

Pero, antes de concluir, gocémonos pensando en el día en que amanecerá nuestro héroe, nuestro Mesías, el redentor que esperamos. Cuando él pise por primera vez la tierra, los sacerdotes caerán muertos al pie de las aras de sus dioses; á los soldados se les fundirán en la mano las espadas; á los reyes les vacilarán las coronas en la cabeza; á los políticos se les pegará la lengua al paladar; á los escritores de mentiras se les quebrará la pluma; á los jueces venales les serán aplicadas las penas y exigidos los daños de sus fallos injustos; los buscadores de Perúes y de Transvaales de oro despertarán de su sueño de codicias; los que viven de las fatigas del pobre y engordan con la sustancia del jornalero, serán condenados á sufrir la vida de tribulaciones del sultán Mahmoud. Y entonces, nos será permitida á todos la entrada en aquellos paraísos de turrón y de miel, en cuya contemplación se licuaba el alma tierna y amorosa de Condorcet.

ANGEL SAMBLANCAT

(Los Miserables)

Trabajadores y frailes

Según datos oficiales, el resumen de

la emigración por el puerto de Almería en 1913 es el siguiente:

Del 2 de Enero al 22 de Diciembre embarcaron en 94 vapores 12.450 emigrantes, repartidos del siguiente modo: Argentina, 8.136 varones y 3.074 hembras; Brasil, 381 y 220; Uruguay, 259 y 58; Nueva York, 42 varones. Los mayores de diez años fueron 7.778 varones y 2.409 hembras; menores de diez años, 1.615 y 950. El número de familias ascendió á 1.776.

Por el puerto de Vigo marcharon á América 45.300 individuos en ese mismo período.

Y por los demás puertos de embarque, no sé cuántos.

Si supiera cuántos frailes han aumentado en el año, lo calcularía, sabiendo que cada fraile ahuyenta próximamente diez trabajadores.

En la Puerta del Sol

«Desde las once y cuarto de la noche era ya casi imposible dar un paso por la Puerta del Sol.

El gentío era inmenso. El ruido, ensordecedor.

Millares de personas, tocando panderos, tambores, zambombas, latas y toda clase de cosas de hacer ruido, esperaban el momento de dar las doce.

Los tranvías, que continuaron circulando entre aquella inmensa avalancha de gente, lo hicieron con todo género de precauciones. Delante de cada coche, dos inspectores iban abriendo paso.

Los coches y automóviles no pudieron atravesar la gran plaza, y tuvieron que esperar en las bocacalles hasta que dieran las doce.

En el instante de sonar la primer campanada, que, como era natural, no se oyó por el estrépito que armaba aquella oleada humana, se iluminó la clásica bola, que estaba circundada por una banda de bombillas de los colores nacionales.

Entonces se hizo un instante de silencio obligado, porque todos se engullían las 12 uvas y no podían chillar ni tocar; pero transcurridos dos segundos, el escándalo fué morrocotudo.

La mayoría de los asistentes al solemne acto aplaudieron largo rato.

Anoche puede decirse que fué mayor la concurrencia en la Puerta del Sol que en anteriores años.

Allí vimos numerosos individuos disfrazados. ¡Hasta vestidos de mujer! Parecía que estábamos en Carnaval.

Hubo gentes de buen humor que alquilaron diversos vehículos, en su generalidad carros, donde llevaban pertrechos de salchichón, longaniza y vino en abundancia.

Habíanse instalado en la Puerta del Sol numerosos puestos de churros, que hicieron un buen negocio.

También se vendieron muchos millares de paquetes que contenían el talismán de la felicidad: ¡las doce uvas!

El comisario del distrito del Centro Sr. Jiménez Serrano, nos dijo que no había intervenido en incidentes de importancia.

En la Casa de Socorro del Centro fueron asistidos algunos alcoholizados, y no hubo más cosas dignas de ser contadas.

Así describe *La Correspondencia de España* lo ocurrido en Madrid el último día del año.

De lo que se deduce, que pasaron por la Puerta del Sol aquella noche, á pesar del horroroso frío que hacía, más individuos que asistieron á las doce del día y en pleno sol, á la manifestación de protesta contra la guerra.

Verdad es que cualquier superstición, por absurda que sea, arraiga en el corazón del hombre mejor y más pronto que la idea de la justicia.

Hablando *El País* de Lérida de las fiestas religiosas de la Circuncisión que iba á celebrarse en aquella catedral, dice que á la hora acostumbrada tendría lugar la terminación del octavario del Santo Pañal del Niño Jesús.

Juro por San Cucufate que ignoraba eso del Santo Pañal y que me hace mucha gracia.

Fueron tantos los juicios apasionados que algunos radicales emitieron al ocuparme yo de la errónea marcha política del Sr. Lerroux, (por cierto con miramientos que suelo guardar á muy pocos) que me complace mucho publicar hoy la carta que me dirige uno de sus amigos más íntimos, el Sr. Vinaixa, con quien no he hablado hace muchos años.

A todos nos agrada que tarde ó temprano se nos haga justicia y se nos conceda lo que en momentos de ofuscación se nos niega, sea quien fuere el que lo haga.

Carta

Sr. D. José Nakens.

Mi querido y venerado amigo: Hoy á usted fe de vida con la ratificación de que no he dejado un solo instante de estimarle y de admirarle.

Claro está que no he dejado de leer nuestro MOTIN, que sigue traduciendo para mí la sana doctrina republicana, los procedimientos eficaces para la mejor marcha de los republicanos hacia la consecución de nuestros ideales, y sobre todo, el noble y patriótico empeño anticlerical.

Estoy, pues, identificado con usted y deseo no lo dude.

Le envío unas cuartillas por si las cree utilizables y 10 pesetas para la Cruz Roja.

Y sabe me tiene siempre á su disposición.

Salud y buen año nuevo.

J. JOSE VINAIXA

Enero-2-914

Frailes, Monjas, Moscas y Maestros

De todos es conocida la espantosa fe-

cundidad de las moscas. Su reproducción es tan aterradora, que una sola basta para dar origen á un millón.

Pues bien; la fecundidad del fraile y de la monja en España está en parangón con la de la mosca, y el problema de librarnos de ambos bipedos clericales es tan difícil como el de acabar con dicho díptero.

En los países cultos los higienistas vienen haciendo de algunos años á esta parte bríosas campañas para librar á la humanidad de la mosca, terrible bicho portador de no pocas epidemias.

En Londres, París y otras capitales, en grandes carteles fijados en los sitios céntricos se enumeran bajo el epígrafe «¡Matad á las moscas!», las plagas con que infligen estos bichos á los pueblos.

Aquí las moscas, con sernos también muy molestas, forman desde el punto de vista epidémico en segundo término.

En España nos afligen bastante más los jesuitas, los frailes y las monjitas; tanto que será cuestión de que, para vivir aquí, tengamos que ir pensando donde podemos enviarlos á vivir á ellos.

Hace treinta años ver á un fraile era cosa rara; ahora no ver diez en una hora es cosa más rara todavía.

Los pocos que existían entonces los teníamos confinados en Filipinas, y en la Península estaban reclusos en sus conventos de misiones.

Ahora siguen en aquel Archipiélago; pues como librarse de frailes es cosa imposible, después de la revolución Filipina y de la conquista yanki, los del cerquillo han vuelto á ser los amos en las tierras magallánicas.

Y los muchísimos que residen en España no están ya en los conventos más que á las horas de comer y de dormir.

Al amparo de la Regencia se reorganizaron, se multiplicaron, se volvieron á multiplicar veinte veces y se lanzaron á la calle, convirtiéndose de enclaustrados en exclaustrados y de pasivos en andariegos consecuentes.

No subiréis á un tren sin que suban con vosotros frailes, ni pondréis pie en un barco sin que viajen con vosotros frailes; y en cuanto se formalice y vulgarice la locomoción aérea, preparaos á que os acompañen frailes en dirigibles, aeroplanos y biplanos.

Los frailes de alforjas y borriquillo han desaparecido; el leguito del convento ha pasado al dominio de la zarzuela y de la comedia trasnochada; los frailes de hoy, para eso de viajar, han aceptado los progresos modernos, y en trote constante van en confortables departamentos de primera ó en cómodos camarotes, de acá para allá.

¿Pero á dónde?

¡Cuántos se habrán hecho esta pregunta al encontrarlos á cada pasc en su camino!

¿Dónde irán, que tendrán que hacer? Ni ellos lo dicen, ni de manera cierta lo sabe nadie.

Es indudable que los efectos de estos viajes los sienten ricos y pobres; aquéllos

porque ven aflojarse su bolsa con la promesa de ganarles un cachito más de cielo, y éstos porque ven que los ricos, para resarcirse del sablazo, disminuyen la generosidad y por ende la ración.

Y con ser dañinos y andariegos los frailes, no les van á la zaga en ambas cosas las monjas.

Estas en las grandes ciudades, como Barcelona, por ejemplo, dejan sentir aún más su terrible dominio.

La familia femenina obrera ayudaba antes con su trabajo manual y de asistencia domiciliaria á sus padres, esposos y hermanos.

Lavar, planchar, coser ropa blanca ó prenda modesta para el proletariado, hacer de ayudantas en casas acomodadas, asistir enfermos, etc., etc., eran recursos con que se ayudaban á vivir gran número de familias obreras.

En la actualidad las señoras de las blancas tocas, las hermanitas de San Vicente de Paúl, Santa Tecla, San Cucufate, del Sagrado Corazón de María, las Esclavas de San Timoteo y, en fin, las innumerables holgazanas con hábito se han apoderado de todas las faenas que daban pan á gran número de honradas y nobles mujeres.

La plaga monjil se lleva á sus conventos ropas para lavar y planchar, y telas para confección; y allí tiene niñas recogidas y jóvenes asiladas que trabajan de firme á cambio de una bazcúa que apenas mata su hambre y de una vestimenta que á duras penas cubre sus carnes.

Las monjas limitan su papel al de buscadoras de trabajo y al de cobradoras del mismo; la faena la hacen otras; ellas se embolsan el dinero.

En cuanto á lo de asistir á los enfermos, es menester que no confían á nadie; porque, claro está: como se trata de enfermos ricos ó bien acomodados y que además de pagar bien en algunas ocasiones, si la dolencia tiene desenlace fatal, pueden atrapar algún legado para el convento, es cosa de hacer labor personal.

Y si el enfermo es algún liberalote, ó lo que es mejor, algún ateo confiado á los cuidados de la monja por la piadosa familia, el asunto además de dinero le da gloria á la Sierva del Señor.

La monjita no para, no descansa, no reposa en su tarea catequista, y si no lo logra por la convicción, lo consigue por la coacción. Quiera ó no el enfermo, ve apresurados sus instantes últimos por la presencia del cura y por el terror de los auxilios espirituales.

Hasta á las comadronas están dejando sin faena; las monjitas asisten á partos, y no habiendo sido madres, al menos legalmente, ayudan á que otras lo sean.

Y aún hay políticos republicanos que opinan que el problema clerical no existe, ó que si existe no tiene importancia sustantiva, y que no merece la pena de plantearlo con carácter inaplazable y resolverlo como necesidad absoluta.

Personajes que nos tildan de cursis á los que de ella hacemos cuestión de patria, de libertad y de progreso.

Y en tanto la ola clerical va creciendo, y el dilema quedará reducido, ó á emigrar los que trabajan y producen, ó á hacer emigrar á los que huelgan y viven á costa de los demás.

Los pueblos modernos fían su poder para el mañana en crear generaciones de positivo vigor mental. La idea de la grandeza de su patria la vinculan en la fuerza intelectual de sus hijos.

De aquí lo mucho que les preocupa la cuestión educativa; de aquí que esté siempre como cuestión candente cuanto afecta á la primera enseñanza.

La ciencia pedagógica ha sufrido una gran transformación en sentido progresivo; los métodos de enseñanza se amplían y se perfeccionan á cada paso, y el maestro de escuela, antes menospreciado, ha pasado á ser, en el orden de atención gubernativa y de consideración social, un funcionario importante, respetado y bien retribuido.

Sólo se exige que la educación tenga carácter racional, que libre el entendimiento del niño de prejuicios y aberraciones ancestrales; que manumitan su cerebro de fanatismos y lo expurgen de enseñanzas innecesarias; que, en fin, formen inteligencias libres y espíritus emancipados.

Esto hacen los pueblos cultos con atisbos á la grandeza futura.

Y tan celosos se muestran en el cumplimiento de esta aspiración, que unos á otros se ayudan y se completan organizando congresos pedagógicos, enviando misiones de maestros para que estudien adelantos, prestándose profesores para que den conferencias universitarias y estableciendo intercambio de alumnos.

Y mientras las naciones civilizadas baten entre sí el *record* en esta carrera educativa, nosotros ganamos sin disputa otra carrera: la de la regresión.

Nuestros maestros, en perfecta plara guiados por el báculo del obispo de Sogorbe, van á Roma á besarle las sandalias al Papa y á evidenciar que para ellos las palabras progreso educativo están vacías de contenido.

En nombre de 113.000 compañeros, los maestros peregrinantes han probado su adhesión á la Iglesia romana y su fe y su piedad católica.

Lo que seguramente no habrán probado es ni su inteligencia, ni su aptitud para la enseñanza.

Hubiera sido curioso medir el ángulo facial y examinar las circunvalaciones cerebrales de estos 113.000 sujetos provistos de títulos de validez para la enseñanza.

¡Cuánto mentecato y cuánto cretino no se hubiera descubierto, y sobre todo, cuánto vivo!

Asusta pensar que la educación nacional esté confiada á gentes que obran en pleno siglo xx como pudieran haberlo hecho en el siglo x.

¡Qué tristeza tan grande!

J. JORGE VINANKA

Barcelona-Enero 1913.

El Vaticano ha dirigido una circular á los obispos de Europa y de América, ordenándoles que los confesores nieguen la absolución á los penitentes que se acusen de haber bailado el tango.

Lo que hago público, para que llegue á conocimiento de los aficionados á ese baile, y se ahorren la molestia de ir á confesarse.

Con lo cual nada perderán, ya que, gracias á Dios, no es absolutamente preciso confesarse para hacer buenas digestiones.

La revolución en México

Para el señor ministro de Estado

Con el dolor sordo é intenso que producen las heridas en la dignidad cuando la impotencia impide el desagravio, leemos á diario en las informaciones de la prensa detalles increíbles de los atropellos que sufren los españoles residentes en México por parte de los bandidos que aprovechan la situación anormal del país para el saqueo y el crimen, usurpando el nombre de revolucionarios y escarneciendo ideas respetables que ellos, en su bestialidad de horda, son incapaces de comprender.

No desconocemos que esas noticias son exageradas y que la tendencia de los propagadores de ellas es el desprestigio de la revolución; pero otras noticias particulares las confirman sin exageraciones; y hacen más: anuncian vagamente la hecatombe que parece inevitable en el estado á que ha descendido la República mexicana desde que la mano hábil y roja de Huerta, —de ese dictador de opereta bufo trágica, —empuñó, por inversión de funciones, las riendas del carro gubernamental.

Y mientras llega el día temido, la colonia española de México, encontrándose sin representación digna, lamenta quejumbrosa el abandono en que duerme el decoro de España, de esta España quijotesca, hermosa y loca, que rica ó pobre fué siempre altanera. Un español, radicado allí hace muchos años, dice en carta fecha á fines de Noviembre último.

«Nunca se conoció en México tanto miedo como el que actualmente existe; ¿á quién? No se sabe; todo son misterios, existencia de algo oculto que nadie puede decir lo que es, pero que no deja un rato de tranquilidad para nada.—Y en resumen, pasan los días y los días y el enigma no se resuelve.—Actualmente existen en el puerto de Veracruz ocho acorazados norteamericanos, tres alemanes, un francés y de hoy á mañana se esperan cuatro ingleses y otro italiano que ya está anunciado; Cuba también mandará uno y del Japón está para llegar otro acorazado. Y España, apesar de tener aquí tanto nacional, ¿qué hace? Las muchas vidas de españoles que está costando la revuelta del Norte, ¿quién reclama por ellas?—Existe mucho resentimiento actualmente entre la colonia contra el ministro que tenemos aquí por el poco tacto que tiene para todo.—Esta gente nos tiene por el pueblo más atrasado del mundo, y hasta los chinos tienen en México más respetos y más garantías que nosotros.—¿Por qué España no aprovecha esta ocasión para demostrar, no solamente á México sino á las demás naciones de América, que tiene fuerzas para ha-

cerse respetar como los demás países? ¿Por qué hemos de ser únicamente los españoles los que durante tres años de revuelta estemos sufriendo, tanto en nuestros intereses como en nuestras vidas los vigos de la guerra? Cuando un pueblo es tomado por los revolucionarios, la primera casa que se saquea es la del español, y si él está allí es el primer fusilado.—Y ocurriendo esto así, los periódicos de España que están llegando aquí, traen todavía elogios para este hombre que por su afán de figurar en la Presidencia de la República está dejando esta pobre nación hasta sin piedras...»

¿Qué contestar á esas lamentaciones? ¿Qué decir á esos justos reproches? Posteriormente á la fecha en que fueron escritos, el gobierno español ha tomado algunas medidas convenientes, pero no la más necesaria; ya tenemos en Veracruz al vetusto «Carlos V», que no hará papel muy gallardo ante las miradas del mundo naval debidamente representado en aguas mexicanas; ya los Estados Unidos, por sí, declarando implícitamente nuestra debilidad y nuestra apatía, ha exigido el respeto á intereses y vidas de los súbditos españoles establecidos en Chilmalma y en otros puntos dominados por los revolucionarios; ya el llamado gobierno de México ofrece á la Colonia española una satisfacción invitando á la oficialidad de nuestro barco para visitar la capital, invitación que suponemos será cortesmente declinada; ya, en fin, ha mejorado un tanto la situación de nuestros compatriotas y, al parecer, nuestro gobierno ha cumplido con ellos, y enviando un crucero viejo, á falta de nuevo, ha hecho cuanto le era posible hacer y cuanto requieren las circunstancias. No obstante, falta lo principal; lo que debió hacerse mucho tiempo antes de ahora; lo que puede hacerse aún, como verdadera satisfacción para la Colonia española de México y para la seguridad del decoro español en el extranjero, que depende principalmente de la dignidad personal, de la ilustración y de la diplomacia de su representante.

El que actualmente ejerce las funciones de ministro embajador en la República Mexicana, no tiene ninguna de las condiciones indispensables para desempeñar debidamente cargos de la delicadeza del que él ocupa; por su limitada mentalidad, medianamente podría ocupar el primer puesto de un consulado de segundo orden; por su ignorancia de las leyes, se encuentra perplejo al acordar sobre cualquier caso sometido á su resolución; por su parcialidad en las cuestiones políticas de México, y esto es lo más grave, ha motivado la especie generalizada en todo el país, de que los españoles ayudaron moral y materialmente al general Félix Díaz para el triunfo de la sublevación militar de Febrero último, que fué origen del estado anárquico que hoy impera allí por obra y gracia de ambiciosos zarandeados por ese general Huerta, más inconsciente que malvado.

Estados Unidos destituyó á su Embajador en México como consecuencia de la poco acertada intervención de éste en los sucesos que á sablazos dados en la sombra abrieron el prólogo del drama actual; el ministro de España continúa en su puesto después de sus torpezas, enormes y trascendentales, en aquella ocasión, única importante que ha tenido para demostrar sus aptitudes diplomáticas. Cuando el desgraciado presidente Madero fué apresado

por los que fingían defender al pueblo que él representaba conforme á la ley, la primera manifestación extranjera la hizo el diplomático español que, impaciente por patentizar sus simpatías hacia los triunfadores, cubrió un automóvil con las insignias sagradas de la Patria y apareció en las principales calles de la capital sancionando con su presencia la infame traición.

Y como genio y figura todos sabemos lo que dura, el señor marqués de Cologán persiste en sus desaciertos comprometiéndose con sus actos de ministro en la República mexicana la seguridad de los españoles allí habitantes; y como en aquel país es preciso ahora un hombre ilustrado, diplomático verdad y de un espíritu moderno, el gobierno español debe penetrarse, de lo peligrosa que resulta la continuación en el cargo del hoy ministro de España en México; y siendo necesaria la sustitución que la Colonia española desea vivamente, el señor ministro de Estado, al cumplir con el deber de recibir la renuncia del cargo que tan torpemente desempeña todavía el señor marqués de Cologán, recibiría también la satisfacción del aplauso que le enviarían unánimemente nuestros olvidados compatriotas, quienes lamentan más, mucho más sin duda, el probable desprestigio de España en América, que los grandes perjuicios sufridos en el producto de su triste y duro trabajo de emigrados.

MANUEL VINUESA

Diciembre 1913

En la catedral de Belfast (Inglaterra), ha ocurrido un suceso milagroso.

Se estaba celebrando un matrimonio, y al preguntar el oficiante al novio si quería por esposa á la que tenía al lado, el novio calló como un muerto.

Repitió el sacerdote la pregunta y tampoco obtuvo respuesta.

La novia, padrinos, testigos y demás acompañantes quedaron asombrados ante aquel silencio, y el novio dió por señas á entender que no podía pronunciar una palabra. Se había quedado mudo de repente.

Y llamo milagroso al suceso, por que sólo la intervención divina puede hacer que un hombre enmudezca en el momento de su vida en que desea con más ansia responder á una pregunta.

Clericalismo rural

En el ocaso

Con este título publica el distinguido escritor Julio Carabias un valiente artículo en *Heraldo de Madrid*, acerca del régimen interior de las Casas de Maternidad y Expósitos de Vizcaya, «en que ha prevalecido hasta ahora un espíritu de hostilidad al Derecho civil estatuido, una especie de anarquía mansa, que, sobre mixtificar monstruosamente el sentido de la beneficencia, invalidaba hasta la patria potestad. Y ahora, cuando las gentes se preguntan la razón de hechos tan insólitos, los amparadores y coautores se disculpan en un encogimiento de hombros.»

Para comprobar su aserto, cita estos hechos, demostrativos de que las Hermanas son las que lo disponen allí todo, habiéndose atrevido, sin enterarse la Diputación Provincial, á convertir en huerta de aprovechamiento personal el jardín destinado á solazamiento de los niños expósitos y sus nodrizas.

«Hace algún tiempo, dice Carabias, cosa de dos años, la Junta de expósitos solicitó el apoyo de la Comisión provincial para proceder criminalmente contra una mujer que, habiendo prohiado una niña expósta, huyó con ella á Hundaya para impedir que se la arrebatara. La Comisión provincial pidió á la Junta una declaración de las razones que tuviera para exigir la devolución de la expósta prohiada. Mas la Junta negóse á ello. Negóse terminantemente, aduciendo que se trataba de informes secretos. ¡Se lo decía á la Diputación provincial! ¡A la Diputación, que es de derecho la tutora de los expósitos! Y la Comisión, ante aquella negativa, no concedió, claro es, el auxilio que se pedía. ¿Y cuál era la causa que inducía á arrebatarse la niña de los brazos de su madre adoptiva? Alguien se dispuso á inquirirlo. Lo averiguó. Era que el marido de aquella generosa mujer había dejado de practicar la religión, no asistía ya á misa, y esto constituía, á juicio de la Junta de expósitos, una nota de mala conducta en la familia. Por eso la infeliz mujer hubo de huir á Hundaya, llevándose á la niña prohiada. Tan arraigado era ya su cariño, que afrontó el sacrificio de la emigración antes de permitir que las separaran.

Otro caso más relevante aún, más típico. En un pueblecillo de la provincia, un católico que, como tal, cumplía sus deberes religiosos, tenía prohiado un niño expósito. Y sucedió que un día, no creyendo faltar con ello á sus deberes de católico, ni mucho menos á los que se impuso como padre adoptivo, hubo de asistir al entierro de un pariente, aun cuando este entierro, por disposición del finado, fuera civil. Pues esto dió motivo á que inmediatamente se le arrebatara el niño prohiado.

Todavía otro caso, el más reciente. Un padre de familia, de regreso de una larga y obligada ausencia, hallóse con la triste nueva de que su hija había dado á luz en la Casa de Maternidad. Ese hombre, velando por la honra de su hija, consiguió que el seductor se prestara á reparar el daño causado, reconociendo el fruto de su amor y casándose con la muchacha. Y cuando, satisfecho, trató de legalizar la situación, hallóse con que el niño no se hallaba inscripto en el Registro civil; quiso inscribirlo él; mas como declaraba que el niño había nacido en la Casa de Maternidad, negaronle personalidad, ya que tal requisito correspondía á la Jefatura de aquella institución benéfica. Y efectivamente, no estaba inscripto en el Registro; pero sí bautizado en una iglesia parroquial. Se había incumplido lo legal, lo obligatorio; había sido atendido únicamente á lo circunstancial. Y no concluyó ahí el calvario de esta familia, sino que, mientras tanto se gestionaba la legalización, el niño enfermó y murió, y el desdichado abuelo aun encontró graves obstáculos para el enterramiento.

Hay muchos casos más. Tan curioso como los apuntados, tan pintorescos, tan horriblemente pintorescos. Pero es preciso que este artículo concluya.»

Tanto como la enseñanza, le sirve al clericalismo la Beneficencia para explotar á los de arriba y dominar á los de abajo. Vengan más casos, amigo Carabias, que ahí les duele.

Anticipándose al mañana

El Adelante de Valladolid publica lo siguiente:

«RUEDA. Un libre enlace.

Plausible acto celebrado el 23 del pasado en el Centro Obrero de Rueda.

Ante el notario D. Manuel Fernández Pérez, con asistencia de numerosísimo público y suscribiendo el acta como testigos nuestros correligionarios Aurelio Díaz, Eusebio Rico, Sabino Revuelta y Segundo Redondo, contrajeron matrimonio libre, esto es, sin intervención de la autoridad civil ni de la potestad eclesiástica, los compañeros Regina Colodrón y Elías Pótero, que merecen plácemes entusiásticos por la entereza que han demostrado al proceder como lo han hecho.

El acto fué interesantísimo, y en él hizo uso de la palabra, poniendo de relieve la importancia de la reunión, el compañero Díaz. Firmada el acta notarial, los nuevos cónyuges recibieron muchísimas felicitaciones, á las que unimos las nuestras, haciendo votos por la felicidad de Regina y Elías.»

Me place el procedimiento.

El día que el hombre haga honor al principio jurídico de que en cualquier forma que se obligue queda obligado, no necesitará emplear otro para unirse á la mujer que ame.

Las cosas del revés

Los servicios del Estado

Toda oficina del Estado español es una estancia sucia—mientras no se demuestre lo contrario—, una pocilga, salvando la dignidad de los empleados, aunque no de todos, en honor de la verdad, pues si muchos de ellos fueran patriotas y tuvieran la sensibilidad que les corresponde como ciudadanos, podrían en muchos casos tener más decorosamente las oficinas, es decir, amarlas más como cosa propia, porque son de la patria, es decir, pertenecen á todos para cuidarlas, no para destruirlas. Entre que el Estado no las cuida, ni tiene edificios propios para ellas, lo que quiere decir no tener propiedad patria y lo que quiere decir abandono, miseria y desgobernación; entre que el Estado no las crea, ni las cuida, ni las renueva, y que el empleado, salvo excepciones como en todo, no vive á gusto dentro de ellas y tiene el mal humor consiguiente y la falta de cultura necesaria para hacerse cargo de que es un servidor de la patria—falta de cultura que es una parte de un todo orgánico que no sabe crear quien dirige España, porque eso sería sembrar almas en cuerpos—; entre lo uno y lo otro, el mayor temor que le puede acometer á un español verdaderamente civilizado sensible, es ir á quehaceres á

una oficina del Estado. Desde las Audiencias, Juzgados y Escuelas—casas que debieran ser santas y limpias como templos—hasta las secretarías de Ayuntamientos y casa de Correos y Telégrafos, puede decirse que no se puede entrar en ninguna sin remangarse los pantalones y el alma. En efecto, el que la tenga, si á causa de vivir en esta nación de mandrias se le ha amortiguado el espíritu de protesta y ha empezado á morir interiormente también, no tiene más que ir á una de esas oficinas y sale de ellas con una indignación que le eleva á cien mil codos sobre los cadáveres circulantes que le rodean...

Como soy comerciante español, lo que quiere decir mártir, dada la organización de obstáculos que tiene hecha el Poder, tengo que andar con frecuencia en oficinas nacionales. Una de las diligencias más sencillas para un ciudadano, en cualquier parte del mundo, entre los antropófagos también, es certificar una carta, por ejemplo. Pues en España está organizado todo de tal manera, que certificar una carta es también difícil y necesita un enorme gasto de energías y una serie de combinaciones de parte de cada ciudadano.

He dicho en otra ocasión que aquí es donde más fácil podría organizarse perfectamente una nación. No harían falta hombres excepcionales, como vulgarmente se cree, para hacer una patria. El secreto ya no está en la sabiduría en este caso: el secreto está en hacer todas las cosas «exactamente» al revés de como se hacen ahora. Veamos cómo está concebida esta ley. ¿Así? Pues del revés es lo justo... Y tiene que ser verdad esto y no genialidad, pues yo no me creo capaz de tal agudeza, cuando otros países se han creado y elevado y éste se ha deshecho y se da convertido en caos.

Que cada español tiene que gastarse en vencer obstáculos que le correspondía dar vencidos al Estado, es una verdad que cada trabajador tendrá con rabia en su corazón. Y lo dicho acerca del certificado de cartas, una cosa de las más sencillas y comunes, es una de las verdades más grandes también.

En todo el mundo ha parecido natural que las horas de certificar las elija el público, el soberano, todo el pueblo que tiene que hacer el negocio de certificar, no el empleado, no el servicio, no el servidor. En todo el mundo se ha comprendido que cien mil habitantes de un pueblo tienen que tener tal complejidad de asuntos que sería una locura concebir una regla para que cada uno de esos ciudadanos pudiera ajustar su vida y sus negocios—la vida y los negocios de cien mil ciudadanos—á coincidir en dos ó tres horas determinadas para un quehacer concreto. Podrá hacerse, pero es violentar á muchos miles de ciudadanos de una vez y sin necesidad, y es distraer las energías y los movimientos infinitos y productores y libérrimos de todo un pueblo. En todas partes, comprendiendo esa soberanía del pueblo, ese derecho del pueblo á ser servido, puesto que él lo crea y lo paga todo y sirve á su vez por lo tanto; en todas partes, comprendiendo la importancia que tiene el aprovechamiento del tiempo, y la facilidad en los movimientos sociales, etc., se le ha ocurrido á los que mandan, en este caso sencillísimo del despacho de correspondencia, que sean las oficinas las que estén todo el día al servicio de los cien mil, ó quinientos mil habitantes de una ciudad, y no los quinientos mil habitantes, con ser

inmensa complejidad, al servicio de las oficinas... Ya hemos dicho que esto se le ocurre á los antropófagos también, pero no se les ha ocurrido á los señores que mandan España, ni siquiera á una minoría de españoles que debiéramos haber removido las piedras contra semejante inconsciencia nacional. Véase, pues, si no es verdad lo que decíamos antes: este servicio está «exactamente» al revés, ó sea, el público, la complejidad de vida de cien mil ciudadanos, sirviendo á una oficina del Estado, á empleados que, unos ú otros, tienen que estar todo el día al servicio de la nación. Pues estas oficinas le dicen en España á todos los españoles: «si queréis certificar cartas, arreglaros todos para venir aquí á tales horas fijas—dos ó cuatro horas en todo el día—y si no, no os certificamos vuestras cartas.» Y todos los españoles de una ciudad tienen que ser esclavos de aquellas horas, ondeantes en uno de esos pingajos de papel y engrudo que suele haber sobre las ventanillas inquisitoriales esas... Pues las otras oficinas del mundo les dicen á sus compatriotas, en cambio: «si queréis certificar vuestras cartas, venid á la hora que queráis; aquí estamos todo el día para ello, porque ese es nuestro quehacer; mientras que vosotros no siempre podríais dejar otros negocios para venir á una hora fija aquí...

Comprendemos de sobra que es más bien la miseria del presupuesto, que no habrá bastantes empleados para servirnos así. Pero es también la desorganización y hasta el descuido del Estado que no suaviza un poco la aspereza de esa escasez de servicios, dirigiendo algunas lecciones hacia el alma de sus empleados, que en muchas ocasiones podrían servir unos minutos después al público. Porque hay villas en que el empleado de Correos no tiene nada que hacer en todo el día, como no sea á una hora de despacho de los correos, y, sin embargo señala hora fija también para los certificados, lista, etcétera, y es inflexible cuando cierra el ventanillo hostil. Y á todo español le habrá ocurrido alguna vez lo que nos ha ocurrido á nosotros ayer, que llegamos tal vez á la hora, ó tal vez un minuto después, y el empleado, no educado por el Poder, al estilo de una tolerancia que le haga capaz para comprender que es preciso servir al público, perdonarle una pequeña tardanza para que el público le perdone á él otras faltas, nos señaló el reloj despectiva y soberanamente cerrando el ventanillo sin hablarnos...

Las Cámaras de Comercio deben enmendar estas barbaridades.

R. SANCHEZ DIAZ

ARTÍCULOS FIAMBRES

Año nuevo

Abrid los ojos, papanatas: empieza el año y es preciso variar de vida.

La experiencia os habrá demostrado ya que nada adelantaráis por donde váis.

Mas antes de continuar, definiré la palabra papanatas.

PAPANATAS. (Según el diccionario de la Academia Española).—Hombre simple y crédulo ó demasiadamente cándido y fácil de engañar.

PAPANATAS. (Según yo).—Lo que dice

el diccionario, y además:—Hombre á quien detienen escrúpulos en su *marcha* hacia la fortuna.

Por lo tanto, es un papanatas el político que no sigue la corriente.

Y el militar que no intriga para ascender, y aguarda pacientemente á que el tiempo le coloque á la cabeza del escalafón.

Y el escritor que no halaga el mal gusto del público, renunciando al bienestar y el aplauso que de esta manera se alcanzan.

Y, en suma, lo son cuantos procuran ajustar sus acciones al molde de la justicia, prefiriendo sacrificarse á ponerse en contradicción con sus principios.

Los papanatas se pasan la vida diciéndo:

¿Cómo se las habrá arreglado Fulano, que era empleado conmigo tal año y con el mismo sueldo, para tener hoy coche y vivir espléndidamente? ¿Y Zutano, que escribió conmigo en tal periódico, y que por cierto no valía gran cosa, para ser hoy director de un ministerio y diputado, sin tener arraigo, ni nombre, ni influencia en el distrito que lo eligió? ¿Y Mengano, que fué de mi promoción en el empleo de alférez, para ser hoy brigadier, mientras yo no he pasado de capitán á pesar de mis cincuenta acciones de guerra? ¿Y aquél otro, sin dos pesetas hace seis años, para ser hoy banquero, en tanto que yo apenas si puedo llevar mi familia al teatro algún domingo por la tarde?

¡Ah, papanatas! ¿Que cómo se las han arreglado? Adulando, intrigando, mintiendo y estafando; porque el trabajo y la probidad pueden llevar alguna vez á la riqueza, pero es á fuerza de constancia, de fatigas y privaciones, y sobre todo, de años. Los negocios, en este país donde todos son pequeños, que eleven á un hombre en poco tiempo, no pueden verse á la luz de la honradez sin descubrir en ellos manchas negras. En el laboratorio social, como en el de la Naturaleza, el oro requiere mucho tiempo para formarse.

«No hagas con otro lo que no quieras que hagan contigo», «no hay mejor almohada que una conciencia pura», «ama á tu prójimo», «la felicidad no consiste en el dinero»; estas frases y otras parecidas encantan á los papanatas, que las repiten entusiasmados con una candidez digna de premio, pero que no les facilita el medio de vivir con algún desahogo, libres de los malos pensamientos que inspira la miseria.

¿En qué se habrán ocupado los papanatas el año anterior? Como si lo viera, en preparar planes para el presente, y en repetir, sobre todo desde Noche Buena acá: *año nuevo, vida nueva*.

Pues bien, ya está aquí el año nuevo; empezad la nueva vida. ¿A qué aguardáis? ¿Qué os detiene?

¿Sois modestos? Hinchios de vanidad. ¿Tolerantes? Reñid batallas contra todos. ¿Trabajadores? Vivid en la holganza. ¿Activos? Sumergios en la pereza. En su-

ma, sustituid en la práctica las cualidades que tenéis por las contrarias.

¿Calláis? ¡Ah! ¡Papanatas! De nada os sirve la experiencia ni el buen consejo. La frase *año nuevo, vida nueva*, no se ha inventado para vosotros.

1879

Alimentos adulterados

El laboratorio municipal ha denunciado á siete tenderos de ultramarinos en cuyos establecimientos se han encontrado materias alimenticias nocivas para la salud. Pocos son para los muchos envenenadores que hay; pero, en fin, algo es algo, y la cuestión es empezar.

Una pregunta:

¿Se ha pasado el tanto de culpa á los tribunales? Porque aquí está el quid: de las multas se resarcan muy pronto robando más en el peso y la medida.

A los tribunales con ellos, y á la cárcel, y á poner en cada tienda un cartel que diga:

*Aquí
se envenena*

Aléjate ¡oh comprador inocente!

Nota.—Compuesto lo anterior, leo que el alcalde ha desistido de seguir publicando en *El Boletín Municipal* la lista de los establecimientos que vendan alimentos adulterados. Esto me obliga á decir á los honorables bandidos que los despachan:

«¡Perdón, honrados industriales, por cuanto les digo anteriormente! Y si un día creen ustedes que por los caritativos actos que realizan merecen la cruz de Beneficencia y la reclaman, cuenten con mi apoyo: tendré á honra contribuir á que se premien los servicios que ustedes prestan á médicos, curas, funerarios y enterradores.

Es de justicia, y yo me desvivo por servir á esa desconocida cuanto invocada señora».

04

CIENCIA Y RELIGION Por Malvert

85 grabados.—Precio, 1 peseta.

ALMANAQUE cómico DEL CARLISMO para 1914

con sesenta caricaturas

PRECIO: UNA PESETA.

Poesías festivas anticlericales

TOMO SEGUNDO

PRECIO: UNA PESETA

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS Una peseta.

CASTIGOS

por
ROBERTO ROBERT

fuese preñada, fasta que para, maguer que fallen señaladas sospechas contra ellos.»

Y exceptuadas todas esas personas, ¿sobre quién podía recaer el tormento sino sobre gentuza que no merece la tñta que se emplea en escribir de ella?

No queremos negar que en alguna ocasión se daba también tormento á consejeros del rey; pero esto sucedía raras veces, rarísimas veces, y sólo cuando eran acusados de delitos cometidos antes de ser tales consejeros; ni queda libro alguno que trate especialmente de los tormentos aplicados á consejeros de los señores reyes.

La dureza que pudiera haber en algunas maneras de atormentar, estaba harto suavizada por la ley misma, pues sólo consentía que durante un proceso se pudiera dar tres veces tormento á un hombre.

Podía suceder, ¡todo tiene sus contras! podía suceder que en el tormento el acusado «*muriere ó perdiera miembro por las heridas;*» pero hasta esos casos estaban previstos por la ley, la cual mandaba muy cristianamente que cuando tal cosa sucediere por malicia, enemistad personal ó cohecho, el juez debía recibir un daño igual al que causara, ó mayor, según fuese la persona de la víctima, con lo cual se satisfacía ésta, sobre todo si era cadáver agra decido.

En el tormento que se daba á los siervos había sus puntos y comas; es á saber: si el siervo acusaba á su señor en el tormento y no repetía la acusación fuera de él, no valía su testimonio; era menester para castigar al señor, que el siervo se atreviese á decir una misma cosa de buen grado y por fuerza.

De otro modo, siervos mal avenidos con la servidumbre, que es institución puesta por Dios, podían, *suadente diablo*, hablar pestes de sus amos sólo por el maligno placer de verles castigados.

La prisión perpetua la hemos visto aplicada hoy día en todas las naciones, sin exceptuar de ella á ninguna clase de personas. ¿Y no era más sabia la ley de aquellos tiempos que decía: «La tal prisión non la deuen dar á ome libre si non á siervo.»?

Siete es número climatérico, crítico, escalar y gradario. Siete eran las letras del nombre del Rey Sabio, siete fueron las Partidas, como los días de la Crea-

ción, y siete las maneras de penas en aquellas declaradas.

Pongámoslas por orden:

1.ª Pena de muerte con todas sus variantes, ó perdimento de miembros.

2.ª Cadena perpetua en trabajos forzados á perpetuidad.

3.ª Destierro perpetuo con confiscación de bienes.

4.ª Cadena y prisión perpetua, para uso exclusivo de los siervos.

5.ª Destierro perpetuo con confiscación.

6.ª Infamia é inhabilitación.

7.ª «La setena es cuando condenan á alguno, que sen açotado ó ferido paladinamente, por yerro que fizo; ó lo ponen en desonrra del en la picota; ó lo desnudan, faziendole estar al sol, vntandolo de miel, porque lo coman las moscas, alguna hora del día.»

Estas eran todas las penas que las leyes imponían, y no más.

Grandísimo error es creer como cree el bajo vulgo que el tormento, en que se podía perder miembro ó vida, fuese pena. La ley lo dice claro: era *«una manera de prueva que fallaron los que fueron amadores de la justicia para escodriñar é saber la verdad.»*

De modo que el tormento, ya por no ser aplicable á caballeros, ya por no ser verdaderamente pena, no debíamos mencionarlo, mirándolo bien, en este capítulo de Los CASTIGOS.

..

Lo que admiraríamos hoy en el tormento si se aplicase como era debido, sería su inagotable variedad; porque aunque las principales maneras sólo eran dos, las no principales eran y habían sido muchas.

Donde quiera que hallamos pormenores sobre los modos de hacer las cosas en aquellos tiempos, ó nos encanta la sencillez, ó el ingenio, ó quedamos pasmados de entrambas cualidades.

Así vemos que al parricida se le azotaba primero públicamente; después se le metía vivo en un saco de cuero, pero no solo, porque la soledad es enemiga del hombre, y por lo mismo dijo Dios no es bueno que el hombre esté solo; se le metía, digo, en un saco de cuero, en compañía de un perro, un gallo, una culebra y un mono; después se cosía de la boca del saco y era arrojado al mar ó al río más cercano.

Hoy día sabemos explicarnos por qué fué escogida compañía para el parricida en el caso de su extrema insaculación; porque nos consta que en aquellos tiempos todo se conformaba con las voluntades del cielo, y así como Dios al poner al hombre en el Paraíso le había quitado una costilla y dado una mujer por compañera, así el sabio legislador, al poner al hombre en el saco, le quitaba la vida y le daba perro y gallo y culebra por compañeros.

Una cosa verdaderamente artística contiene la setena Partida del sabio rey, después de manifestar que se daban cinco años de plazo á todo el mundo para que pudiese acusar la buena fama del estúpido que viviendo entre cristianos se hubiese hecho moro secretamente.

Esa cosa artística es como sigue:

Si un cristiano se hacía moro, la ley cristiana, para gloria del Evangelio, le condenaba á muerte.

Pero si el apóstata, una vez hecho moro hacía á los moros una traición tal que redunlase en beneficio notable de los cristianos, entonces le era perdonada la vida.

Esta teoría de la traición lucrativa para la tierra, que borra las ofensas hechas al cielo, sólo se ha conservado en buen prelica nento entre las comunidades religiosas.

Las sociedades mundanales no han sabido apreciarla en todo su valor, y de ahí que hayamos venido á parar al abismo de los derechos individuales y de la libertad de cultos.

Las sociedades religiosas entendieron siempre con entendimiento superior la manera de honrarse.

Yo no sé si he hecho ya mención de que la ley 11 del tit. xxvi de la Partida VII. manda que al hereje *deuenlo quemar en fuego de manera que muera.*

Hasta aquí todo es corriente: quemar en nombre de Dios me parece la cosa más justa y mari-castánica del mundo.

Pero voy á lo que insinuaba; que si el hereje era clérigo (le lo cual se habían dado algunos casos) la Iglesia heredaba sus bienes (que ya entonces había muchos que heredar de los clérigos), y después de la muerte del hereje, tenía la esposa de Jesucristo un año de tiempo para reclamar aquellos bienes, cualquiera que fuese su poseedor.

Y entiéndase que el que amparaba al hereje incurría en infamia é inhabilitación perpetua, y si era señor ó rico-homo, en confiscación, y si era un pelgar, pagaba con el cuerpo y con cuanto hubiere, según el albedrío del rey.

Me parece á mí que si aquellas sanas leyes se hubieran conservado, no nos veríamos hoy llenos de herejías por todas partes.

Pero también me parece que si hubieran conservado las leyes buenas anteriores, no se habrían tenido que hacer otras nuevas contra los herejes.

¡Ah, débil Adán! Por culpa suya tuvieron que inventar la horca nuestros antepasados, y por culpa suya medran los sastres y tenemos que cortarnos las uñas, que debían haber sido nuestro único abrigo.

(Continuará)

IMPRESA: LIBERTAD, 31.—MADRID